

La grilla y el parque

Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936

Adrián Gorelik

La grilla y el parque
Espacio público y cultura urbana
en Buenos Aires, 1887-1936

UNIVERSIDAD NACIONAL DE QUILMES

Rector
Mario E. Lozano

Vicerrector
Alejandro Villar

 Universidad
Nacional
de Quilmes
Editorial
20 AÑOS
Bernal, 2016

Gorelik, Adrián
La grilla y el parque: espacio público y cultura urbana
en Buenos Aires 1887-1936 / Adrián Gorelik. - 1a ed.
3a reimp. - Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 2016.
456 p.; 23 x 15 cm. - (La ideología argentina / Oscar Terán)

ISBN 978-987-9173-27-5

1. Urbanismo. I. Título.
CDD 711

Portada: *Pablo Barragán*

Ilustración: Plano de la ciudad de Buenos Aires,
1916 (detalle) (Museo Mitre)

1ª edición 1998

1ª reimpresión 2004

2ª reimpresión 2010

3ª reimpresión 2016

© Adrián Gorelik. 1998

© Universidad Nacional de Quilmes. 1998

Roque Sáenz Peña 352

(B1876BXD) Bernal

Buenos Aires

<http://www.unq.edu.ar>

editorial@unq.edu.ar

ISBN 978-987-9173-27-5

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

ÍNDICE GENERAL

PREFACIO: RECONOCIMIENTOS	9
INTRODUCCIÓN: UNA METRÓPOLIS EN LA PAMPA	13
<i>La grilla y el parque: una aproximación al espacio público.</i>	19
<i>Paradigmas historiográficos.</i>	23
<i>Ciudad y pampa</i>	29
<i>¿El parque contra la grilla? El problema del reformismo.</i>	35
<i>Un ciclo reformista: el impulso y su freno</i>	45
PRIMERA PARTE: FIGURACIONES [De Sarmiento al fin de siglo]	51
CAPÍTULO 1. CIUDAD NUEVA: LA UTOPIA DEL "PENSAMIENTO ARGENTINO"	57
1. De la Quinta Normal al Parque Central	58
2. Palermo y Buenos Aires.	75
CAPÍTULO 2. CIUDAD CONCENTRADA: LA FORMA DEL ORDEN	85
1. Centralidad y regularidad: la voluntad de forma	86
2. Un nuevo espacio público y sus figuras	101
<i>Combates por la memoria.</i>	102
<i>El "Haussmann argentino": ¿qué cosa es el gobierno de la ciudad?</i>	115
CAPÍTULO 3. CIUDAD EXTENDIDA: LA DIMENSIÓN METROPOLITANA.	125
1. La cuadrícula como proyecto público.	126
2. Por un sistema de parques: centro y frontera	149
SEGUNDA PARTE: OMISIONES [En torno al centenario]	175
CAPÍTULO 1. LA CIUDAD Y LA HISTORIA: PRIMER CUMPLEAÑOS	181
1. Celebración y representaciones de ciudad	186
<i>El sur como ideología.</i>	199
2. La pedagogía de las estatuas.	206
<i>El monumento contra la ciudad</i>	212
<i>Del clasicismo a la abstracción.</i>	220
CAPÍTULO 2. VISLUMBRANDO LA NUEVA CIUDAD.	235
1. Excursiones excéntricas	238
2. Cuadrícula suburbana: el plano de la pampa	253

CAPÍTULO 3. DEL VECINDARIO AL BARRIO	273
Cuchilleros y paseantes: el parque en la formación de un espacio público local	277
<i>La modernización sin cualidad: el “barrio obrero”</i>	280
<i>El parque y el “barrio obrero modelo”</i>	291
TERCERA PARTE: MODERNIZACIÓN O REFORMA <i>[Las décadas del veinte y del treinta]</i>	309
CAPÍTULO 1. POR UN ESPACIO PÚBLICO METROPOLITANO	317
1. La búsqueda del Centro	318
2. Buenos Aires “socialista”.	337
CAPÍTULO 2. “A LA SOMBRA DE LOS BARRIOS AMADOS”	357
1. El “barrio reo” contra el “barrio cordial”.	361
2. Barrio y pampa: una nueva lectura de la cuadrícula	373
CAPÍTULO 3. FIN DE CICLO: SEGUNDO CUMPLEAÑOS	387
1. <i>La operación De Vedia</i>	392
<i>Una utopía reactiva: la vanguardia recupera el centro.</i>	408
2. Las dimensiones confrontadas del espacio público	426
<i>La “república de habitantes”</i>	439
<i>Desagregaciones</i>	449
Índice de ilustraciones	453

PREFACIO RECONOCIMIENTOS

Este libro es una versión corregida de la tesis doctoral sobre el proceso de emergencia y frustración de un espacio público metropolitano en Buenos Aires, que realicé en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. La investigación contó con el apoyo de una beca doctoral CONICET entre 1989 y 1994, con sede en el Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas Mario J. Buschiazzo de la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Buenos Aires. Finalizada la beca, pude continuar el trabajo gracias a mi ingreso en el Programa de Historia Intelectual, del Centro de Estudios e Investigaciones de la Universidad Nacional de Quilmes, donde sigo investigando en la actualidad. Además, conté para el inicio de la escritura con una estadía en la Akademie Schloss Solitude de Stuttgart, entre diciembre de 1994 y marzo de 1995. Terminé la versión definitiva en septiembre de 1996. Con respecto al proceso de elaboración de la tesis, quiero agradecer especialmente la dirección de Jorge Francisco Liernur, siempre abriendo caminos. Respecto de su conversión en libro, he tratado de seguir –aunque no siempre lo haya logrado– las sugerencias atentas de quienes me ayudaron a leerlo nuevamente una vez defendida la tesis: Anahi Ballent, Beatriz Sarlo y Graciela Silvestri; las observaciones de Oscar Terán, director de la colección, y de María Inés Silberberg, a quien se debe la inteligente edición.

Pero éstos sólo son los agradecimientos más específicos. En realidad, creo que si todo libro de historia puede pensarse como el resultado de una serie de intercambios –hipótesis discutidas, influencias recibidas, climas culturales–, esa condición se exaspera en el caso de una tesis, aunque sólo sea porque su proceso de gestación es necesariamente más público y, por lo general, por el hecho de ser parte de una formación guiada, más colectivo. Es por eso, seguramente, que las tesis suelen ir acompañadas de una larga lista de deudas y agradecimientos. No pretendo ser original: también en este caso las principales ideas que estructuran el trabajo fueron presentadas y sometidas a discusión en artículos, ponencias a congresos e intervenciones en seminarios, participando y alimentándose del estimulante clima académico que se fue formando en los años ochenta, con su intensa permeabilidad hacia otras zonas de la vida cultural; de modo que la lista de todos aquellos de quienes aprendí en esos intercam-

bios sería interminable. Pero quisiera señalar, simplemente, el modo en que esos intercambios quedaron impresos como marca originaria de este libro: la iniciativa (entonces sorprendente) de que los estudios sobre la ciudad y la arquitectura que venía realizando debían conducirse hacia una tesis de doctorado en historia se debió a una sugerencia generosa de Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero, realizada en los pasillos de uno de esos congresos.

Y, sobre todo, quisiera señalar que ese clima, en el que este libro se formó, además del intercambio académico de conocimientos, fundamental sin duda, le ha dado durante todo este tiempo sentido a mi trabajo desde el punto de vista de su inserción en una trama cultural y en un proyecto intelectual: sé que no hubiera escrito esto, ni ninguna otra cosa, sin el acicate de imaginar que esa escritura podía formar parte de una empresa colectiva, aun definida en términos laxos, pero de precisas implicaciones culturales e ideológicas. Por eso, los reconocimientos, más que la simple mención de esta o aquella lectura que recibieron las versiones preliminares, toman la forma de una descripción –somera, por cierto– del mapa intelectual que hizo posible ya no sólo la escritura del libro, sino la propia formulación de una perspectiva desde donde comenzar a pensar estos problemas. Se trata de una perspectiva que se ha ido componiendo con tres tipos de miradas sobre la ciudad, la historia y la cultura, que encarnan en tres grupos intelectuales (aunque con solapamientos y repeticiones) en los que venimos compartiendo ya años de trabajo y amistad.

En primer lugar, el grupo de historia y crítica de la ciudad y la arquitectura formado por la iniciativa de Jorge Liernur hace ya más de quince años, y en el que el diálogo y la formación siguen siendo incesantes: el modo de abordar los problemas de la ciudad y la arquitectura que aparecen en mi investigación son sin duda el producto de una elaboración colectiva en ese grupo. Especialmente con Liernur, Fernando Aliata, Anahi Ballent, Graciela Silvestri, Mercedes Daguerre y Alejandro Crispiani me unen tantas deudas, que por momentos veo mi libro apenas como un capítulo de una obra que deberíamos firmar en conjunto; de hecho, la escritura colectiva ha sido siempre una práctica habitual entre nosotros, y en particular con Silvestri he firmado una cantidad de artículos que a lo largo del tiempo anticiparon buena parte de las hipótesis que aquí desarrollo.

En segundo lugar, el Programa de Historia de las ideas, los intelectuales y la cultura, que dirige Oscar Terán en el Instituto Ravignani; han transcurrido más de diez años de funcionamiento ininterrumpido del seminario que, mes a mes, ha permitido a un grupo heterogéneo de investigadores discutir sus trabajos. De modo muy poco ortodoxo, con las maneras imperceptibles con que se transmite un saber artesanal, en ese seminario se ha ido construyendo un horizonte común para pensar la historia cultural que ha marcado de modo decisivo mi perspectiva y mi escritura. A partir de ese núcleo es que Terán ha formado en la Universidad Nacional de Quilmes el programa en el que desde 1995 está trabajando, con un

grado ahora más continuo de intercambio, un grupo de investigadores, entre quienes quiero destacar, por la intensidad de la influencia recibida a lo largo de este tiempo, a Carlos Altamirano y Jorge Myers.

Finalmente, la revista *Punto de Vista*, a la que me incorporé en 1992. En las reuniones y discusiones periódicas con Beatriz Sarlo, María Teresa Gramuglio, Hilda Sabato, Carlos Altamirano y Hugo Vezzetti, he podido entrever un modo de la intervención crítica sobre el mundo de las ideas que ha resignificado por completo mi perspectiva sobre el trabajo intelectual; un modo de producción política y estética sobre el presente que necesariamente echa luz sobre las formas de interrogar e imaginar el pasado, que le confiere sentido. Así, la referencia *Punto de Vista* se vincula de modo más amplio –porque me abrió esos caminos– a otro tipo de experiencias que me han permitido pensar de modo más enriquecedor la historia de Buenos Aires. Por una parte, una muy particular empresa estético-intelectual, el ciclo de tres ensayos sobre Buenos Aires que Rafael Filippelli realizó en video, cuyo guión escribimos con Silvestri y Sarlo: la mirada del cine, la literatura y el arte me enseñaron una ciudad y una historia diferentes, que, aunque no sé de qué manera, querría ver operando en mi trabajo. Por otra parte, una serie de empresas políticas de fortuna más que incierta, vinculadas con la formación de un campo de nueva izquierda en la ciudad en el mismo momento en que ésta clausuraba un larguísimo ciclo para ganar su autonomía institucional: no sé si mi enfoque historicista y culturalista sobre los problemas de la ciudad contemporánea les ha servido de algo a mis compañeros en cada oportunidad, pero sí sé que el conocimiento más cercano de esos problemas, de las mecánicas de funcionamiento político, social e institucional –conocimiento del cual le debo tanto a Miguel Cincunegui, director del Centro de Gestión Urbana de la Oficina del Ombudsman de Buenos Aires, donde colaboré todos estos años–, me dio innumerables claves que he aplicado en mi investigación de manera inmoderada.

Deudas, agradecimientos, dedicatorias: tal vez por el tipo de experiencia que implica la escritura de una tesis, la sensación seguramente ritual de que en ella se pone en acto todo un período, no sólo de la investigación sino de la vida, he tenido la necesidad de rendir tributo a todas estas personas tan cercanas en estos años, tan generosas, de las que aprendí tanto, con las que disfruté tanto; ojalá acepten esta especie de dedicatoria, puedan verse aunque sea muy parcialmente reconocidas en el resultado que es este libro.

Por la misma sensación de fin de ciclo, una dedicatoria más puntual a Graciela Silvestri, que le dio la coloración más completa.

Y a mis padres, por tantas cosas que no quisiera olvidar.

Adrián Gorelik, Buenos Aires, junio de 1998

INTRODUCCIÓN

UNA METRÓPOLIS EN LA PAMPA

En 1887, como derivación de la federalización de la ciudad de Buenos Aires realizada a comienzos de la década, el gobierno de la provincia de Buenos Aires le cedió al gobierno nacional una parte adicional de territorio para ampliar la Capital, a partir del cual, un año después, se trazaron sus límites definitivos (la actual avenida General Paz). El municipio tenía hasta entonces poco más de 4 mil hectáreas, aunque sus 400 mil habitantes ocupaban un área edificada bastante menor; a partir de su ampliación pasó a tener más de 18 mil hectáreas, convirtiéndose en una de las jurisdicciones municipales más extensas entre las metrópolis más importantes.¹ En el momento de la ampliación territorial, en las nuevas 14 mil hectáreas no había más de 25 mil habitantes, y sólo estaban trazadas y edificadas unas pocas manzanas en los poblados de Flores y Belgrano. Cinco décadas más tarde, hacia 1936, ese nuevo territorio ya estaba completamente urbanizado, de modo que no era posible distinguir el municipio original de su anexión, y se extendían, además, en tres brazos al norte, al oeste y al sur, núcleos de población por fuera del Distrito Federal, formando una incipiente región metropolitana. En ese lapso, la población de la capital había ascendido a dos millones y

17 a

17 b

15 a

15 b

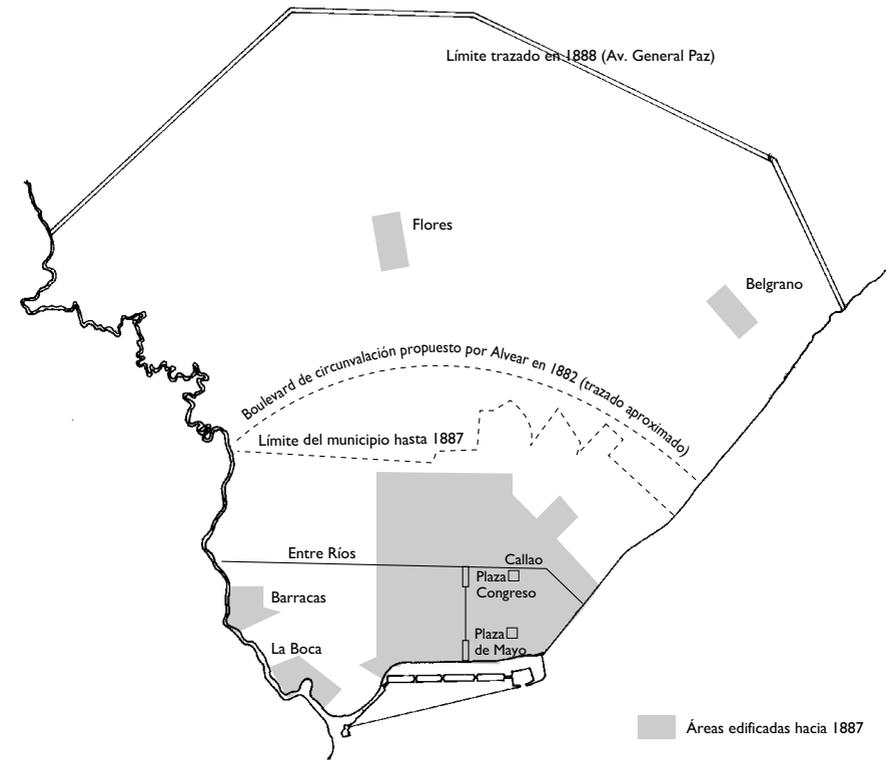
¹ Según el segundo censo municipal de Buenos Aires, realizado en 1904 (Compañía Sudamericana de Billetes de Banco, Buenos Aires, 1906), en 1888 la zona totalmente edificada del municipio tradicional comprendía aproximadamente 2/3 de su superficie original de 4 mil ha. Para ponderar el significado de la ampliación a 18 mil ha conviene tener presente que, con la excepción de las más de 30 mil ha del Condado de Londres, ninguna de las grandes ciudades europeas tenía jurisdicciones tan extensas: París contaba con 7.900 ha, Berlín hasta 1914 con 6.300, y Viena con 5.540, aunque en 1890, extendería su jurisdicción a 18 mil; por supuesto que en todos los casos se trata de ciudades con muchísima mayor población que Buenos Aires (datos tomados del *Der Stadtebau*, de Werner Hegemann, Berlín 1910, Düsseldorf 1911-1912, republicado como *Catalogo delle Esposizioni Internazionali di Urbanistica*, antología al cuidado de Donatella Callabi y Marino Folin, Milán, Il Saggiatore, 1973; y de Eugène Hénard, *Études sur les transformations de Paris*, obra en fascículos editada en París en 1903 y republicada en *Alle origini dell'urbanistica: la costruzione della metropoli*, antología al cuidado de Donatella Callabi y Marino Folin, Padova, Marsilio, 1972).

medio de habitantes, de los cuales aproximadamente un millón vivía en los sectores correspondientes al viejo municipio y un millón y medio en el territorio anexado cincuenta años antes.²

Este libro aborda como arco temporal y espacial los cincuenta años y las más de 18 mil hectáreas de esto que podemos llamar el primer ciclo metropolitano en Buenos Aires: desde la ampliación administrativa del municipio, cuando el territorio anexado no era más que la extensión sin límites de la pampa, hasta su casi completa urbanización. ¿Cómo se forma una metrópolis en la pampa? Para responder, el libro entrelazará dos historias: la de la ocupación progresiva de la llanura (con la cuestión del barrio suburbano como centro); y la de la producción de redes de sentido globales que en un breve lapso modificaron por completo las representaciones de lo que era *la ciudad*. No intenta ser una historia de la expansión moderna de Buenos Aires, de su crecimiento, sino un análisis de lo que ocurrió en ese tiempo, con ese territorio, con sus habitantes y sus instituciones, para que podamos hablar de la emergencia de un espacio público metropolitano en Buenos Aires. Por este motivo, el centro del trabajo se pondrá en un puñado de relaciones, en cuyo marco se produce la ciudad como artefacto material, cultural y político: las relaciones entre ciudad y sociedad, es decir, entre forma y política, entre cultura material e historia de la cultura, entre los diferentes tiempos que atraviesan la ciudad, el de sus objetos materiales, el de la política, el de la cultura.

Para la indagación histórica de esas relaciones se ha elegido enfocar formas, objetos, procesos materiales de la ciudad, las discusiones y los proyectos que los idearon, a través de sus representaciones y de los restos que de ellos nos han quedado. Es una elección que responde a razones de especialidad y gusto, pero también acompaña la certeza de que se trata de un ángulo por lo menos descuidado en la historiografía local. La pregunta guía que sintetizaría el enfoque podría simplificarse del siguiente modo: ¿por qué la ciudad es como es?; o, mejor aún, ¿por qué sus formas son las que son?, ¿de qué modo se relacionan con la cultura, con la sociedad o con la política?, ¿qué nos permiten vislumbrar de ellas? Aunque parezca paradójico, la historiografía de Buenos Aires no se ha planteado con frecuencia esas preguntas: las imágenes urbanas, las formas de los edificios, la forma de los trazados, la forma de los árboles y de los monumentos, de las vestimentas y de los artefactos, formas en las que se matiza una cultura y que a su vez contribuyen a matizarla, no suelen ser explotadas en su capacidad informativa. Por el contrario, la forma es

² Son datos del cuarto censo general de población de la ciudad de Buenos Aires, publicado en 1938. A partir de entonces, la población no tardaría en estabilizarse en los tres millones de habitantes que se han mantenido hasta la actualidad dentro del Distrito Federal, mientras que sería en los brazos de suburbanización que exceden sus límites donde se produciría el aumento de población subsiguiente.

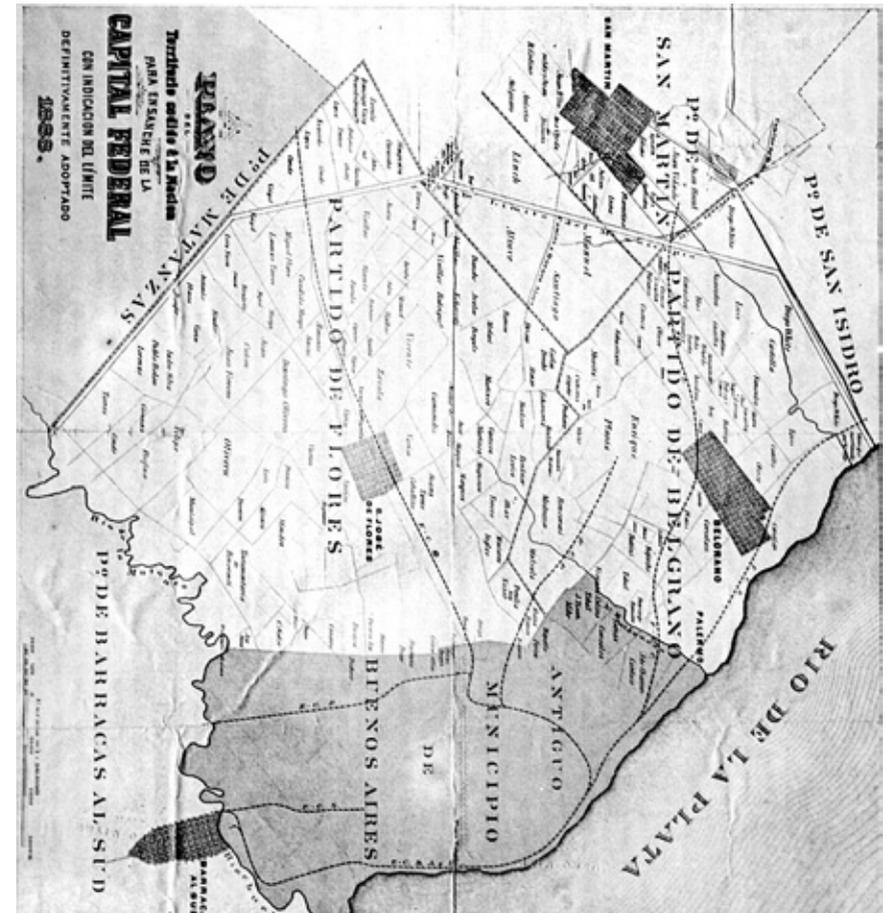


a. Esquema de la ciudad de Buenos Aires en 1887, señalando las áreas construidas y los tres sucesivos "Boulevards de circunvalación" durante el siglo XIX: Entre Ríos-Callao (1822), el propuesto por Alvear (1882) y la avenida General Paz (1888).
b. Expansión regional de la metrópoli en los años treinta. Plano realizado por Carlos María della Paolera, Oficina del Plan de Urbanización, 1933.

rápida de dejada de lado, como mera apariencia cuya superficie debe ser transpuesta, o como reflejo especular, ideológico, de otra instancia en cuya superficie la clave de lo real debe leerse invertida.

No se trata, por supuesto, de sostener por contraste que las respuestas a la indagación histórica pueden encontrarse por completo en esas formas: no se trata de convertirlas en fuentes únicas, ya que en tantos sentidos son sencillamente mudas, y sólo mediante numerosos rodeos a través de otras fuentes es posible interpretarlas, construirlas más bien como hipótesis. Pero situar formas como protagonistas, dirigirles a ellas las preguntas principales, es más que una elección de fuentes: aun dando todos los rodeos que su interpretación demanda, al colocarlas en el lugar privilegiado de la narración histórica se producen nuevas demandas; vuelven necesaria la aparición de nuevas canteras documentales, o de nuevas preguntas a canteras conocidas, o instalan una mirada oblicua sobre los problemas de siempre. Y esto es fundamental para una historia cultural de la ciudad: una historia que no separe la historia de la ciudad –en términos materiales– y de la sociedad –en términos sociales o políticos–, sino que sea una historia del modo en que la ciudad, como objeto de la cultura, produce significaciones; es decir, una historia cultural de las representaciones de ciudad, pero siempre que se advierta que el modo en que los artefactos urbanos producen significaciones afecta tanto la cultura como revierte sobre su propia materialidad.

Esto explica una parte del título del libro: la *grilla* y el *parque* son figuras materiales y culturales, es decir, son artefactos materiales que pueden existir como problema en tanto han sido construidos históricamente como figuras de la cultura, en cuya forma se basará una serie de interpretaciones sobre el proceso de constitución de un espacio público metropolitano. A través de diferentes aproximaciones a esas figuras –a veces tomadas como instrumentos de intervención pública o de teoría urbanística, a veces como ideas condensadoras, a veces como metáforas de procesos sociales y culturales, y muchas veces como meras materialidades, espacio de realización de prácticas sociales–, se buscará probar una hipótesis: que en los años que van de finales de siglo pasado a la tercera década de éste se produjeron modalidades peculiares de organización del territorio, de transformación cultural, de sociabilidad popular y de políticas públicas urbanas, que dieron como resultado la emergencia de un espacio público metropolitano en Buenos Aires. Desde este punto de vista, la periodización elegida identifica un ciclo, en el que aquella conjunción de elementos obró de tal modo que puede caracterizarse como un *ciclo reformista*, que hacia inicios de la década del treinta se vería interrumpido por una configuración ideológico-cultural-urbana opuesta: la del triunfo de una *modernización sin reforma*. Éstas son, muy someramente, las premisas propuestas: una noción particular de espacio público, con el calificativo *metropolitano* que busca particularizarla aún más; la ambición de construir su historia cultural a partir de un par de figuras que aluden a



a. Plano de 1888 del territorio cedido por la provincia de Buenos Aires para ensanchar la Capital Federal, con indicación del límite trazado por los ingenieros Blot y Silveyra (actualmente, avenida General Paz) (Litografía del Departamento de Ingenieros, Museo Mitre). Obsérvese que el límite trazado busca una regularidad que no se adapta a la forma preexistente de los dos partidos cedidos (Flores y Belgrano) e incluye un sector del partido de San Martín.

b. Plano comparativo entre las superficies de Buenos Aires y Londres, publicado en *La Nación*, 6 de junio de 1904.

artefactos materiales, la grilla y el parque; la delimitación de un período histórico a través de una caracterización de la terminología política, el *ciclo reformista*, y su contraposición con una noción como *modernización*, abordada en los términos en que lo vienen haciendo los análisis culturales; de modo más abarcante, el postulado de un modo de aproximarse a la historia a través de la ciudad, de aproximarse a la cultura a través de sus formas materiales tal cual se han constituido históricamente.

Tales premisas se despliegan con mayor detalle en esta Introducción, para lo cual se recorre el ciclo histórico en su conjunto; pero, en el cuerpo del libro, el procedimiento narrativo busca trazar una historia ordenada: cada parte aborda periodos consecutivos. La primera parte va de las formulaciones iniciales de Sarmiento en los años cuarenta al fin de siglo; analiza las figuraciones contrapuestas de ciudad y espacio público propuestas por Sarmiento y Alvear, las de este último como punto de llegada de una larga tradición ideológica; y confronta esas figuraciones con la batería de acciones públicas (especialmente, la grilla y el parque) que producen la expansión en el fin de siglo. La segunda parte se centra en el momento del centenario, como vórtice dador de identidad de un período que abarca en buena medida las dos primeras décadas: es un período extraño, en el que contrasta fuertemente la aceleración de los cambios con su escasa visibilidad; la “ciudad tradicional” desconoce –porque no la entiende, porque la ve como amenaza o como degradación– la emergencia de un novedoso suburbio en los territorios anexados; partiendo de estas “omisiones”, en esta parte se analiza qué ocurre en cada sector de la ciudad (y la cultura) por separado: el espacio público de la “ciudad burguesa” durante las celebraciones del centenario (la crisis en el momento de la apoteosis) y la conversión “silenciosa” en el suburbio de manojos de vecindarios amorfos y semirrurales en el dispositivo cultural *barrio*, un espacio público de nuevo tipo y escala local; como puente entre ambos sectores, el modo en que algunas pocas figuras vislumbraron lo que estaba ocurriendo en esos suburbios desgajados en la pampa (algunos viajeros, algunos intelectuales, algunos técnicos). La tercera parte toma los años veinte y los treinta; analiza la irrupción explosiva del tema barrial suburbano, la presencia masiva de su nueva cualidad pública y cultural en la gestión urbanística, la política, la prensa, la literatura y el tango, y muestra las diferentes Buenos Aires que esa explosión va configurando como imaginarios confrontados, pero, sobre todo, la dimensión metropolitana que parece alcanzar el nuevo espacio público barrial; finalmente, intenta mostrar el quiebre de esa experiencia expansiva y analizar sus razones en la política de la intendencia de Mariano de Vedia y Mitre, en la sociedad y la cultura.

Como se advierte en esta brevísima guía del libro, son muchos los temas afectados para la reconstrucción de ese ciclo histórico; en algunos casos, esa variedad se ha traducido en desplazamientos necesarios de enfoques: algunos capítulos se centran más en cuestiones urbanísticas;

otros, en políticas; otros, en literarias, o institucionales, o sociales. Pero en todos los casos se buscó que el registro común fuera el de la historia cultural: la certeza de que todas esas cuestiones toman forma en la cultura es lo que debería unificar los enfoques; la certeza de que una cita literaria puede arrojar luz sobre los debates urbanísticos, y un plan urbano, sobre los debates de la vanguardia literaria. En definitiva, esto explica tal vez la mayor ambición del libro: dar cuenta de la “cultura urbana” de un período. Es decir, producir una restitución cultural de la ciudad, mostrando el modo en que la ciudad y la cultura se producen mutuamente.

La grilla y el parque: una aproximación al espacio público

¿Qué son la grilla y el parque? Literalmente, la parrilla de manzanas que cuadriculan el territorio de Buenos Aires y el verde urbano realizado en los parques públicos. Aquí intentarán ser, además, estructuras básicas del espacio público metropolitano en Buenos Aires; soportes (simbólicos y materiales) de intervenciones más abarcales sobre el espacio público o de representaciones de éste, como monumentos o instituciones; artefactos históricos en los que aparecen grabadas ideas en pugna sobre cómo debe ser la esfera pública ciudadana, precisos proyectos culturales y políticos; claves de tradiciones técnicas e ideológicas de tan larga data como fuerte imposición presente. Son, al mismo tiempo, instrumentos de intervención urbanística; es decir, constituyentes pragmáticos de la urbanística en una ciudad sin tradición teórica en esa disciplina. Por lo tanto, de acuerdo a cómo se define la urbanística en que se moldean, instrumentos de reforma social, figuras formadoras de ciudadanía y su propia metáfora: son la materialización de modelos de estado y sociedad; huellas de conflictos y proyectos aun cuando todavía no se habían realizado y aun cuando nunca se realizarían del todo; modalidades, cifras del espacio público, ya que no espacio público ellos mismos.

En efecto, *espacio público* no es, en nuestra acepción, el mero espacio abierto de la ciudad, a la manera en que tradicionalmente lo ha pensado la teoría urbana. Como se sabe, espacio público es una categoría que carga con una radical ambigüedad: nombra lugares materiales y remite a esferas de la acción humana en el mismo concepto; habla de la forma y habla de la política, de un modo análogo al que quedó matizado en la palabra *polis*. Es una categoría que ha sido revalorizada en los últimos años como la dimensión propiamente política de la vida social, capaz de iluminar aspectos hasta entonces desatendidos tanto en la historia política como social: el espacio público es una dimensión que media entre la sociedad y el estado, en la que se hacen públicas múltiples expresiones políticas de la ciudadanía en múltiples formas de asociación y conflicto frente al estado. La aspiración a una ciudadanía activa políticamente, en el marco de la reconsideración del *problema democrático*, es lo que justa-

mente ha vuelto tan actual la discusión teórica e histórica sobre el espacio público. Pero también ha sido revalorizado en su cualidad material: el espacio público de la ciudad, en el que aquella ciudadanía se activa, es hoy motivo de desvelo de teóricos y urbanistas, y moviliza a amplios sectores de la sociedad en una lucha que no tiene *lo estatal* como amenaza, sino *lo privado*.

Quienes han conceptualizado el espacio público han dado por supuesta esta conexión entre espacio público urbano y esfera pública política, pero, tal vez por su ambigüedad constitutiva, no existe una teoría que guíe el análisis de su producción mutua, la peculiar unidad de forma y política implícita en tal reciprocidad. Y esta situación ha generado un abordaje especializado, un uso, digamos, bifurcado: para quienes estudian la esfera pública como la esfera ideal de mediación entre la sociedad y el estado (la prensa, las asociaciones, los partidos políticos, la “opinión pública”), la ciudad, los espacios de la acción pública suelen ser *escenarios*, más o menos importantes, pero sólo el fondo sobre el que se desarrollan las acciones; por el contrario, para quienes estudian los espacios públicos de la ciudad (así, en plural: las plazas, las calles, los edificios públicos), éstos son modelos, invariantes, tipologías, artefactos definidos por cualidades físicas y explicados por la evolución de un discurso disciplinar –la teoría arquitectónica o urbana– de larguísima duración.

Aquí, en cambio, vamos a considerar el espacio público como el producto de una colisión, fugaz e inestable, entre forma y política. Si en determinadas formas aparecen involucrados procesos sociales, culturales o políticos, es más el producto de un choque –tan fulminante y centelleante como efímero– que de una relación perseguida y estable. Así, la emergencia del espacio público podría ser pensada como una *coyuntura*, en la doble acepción de coyuntura: como ocasión puntual en la historia y como contacto de esferas diferentes.³ Por eso, no está definido de una vez y para siempre en el espacio abierto y de libre acceso en la ciudad: no hay nada preformado en la ciudad que responda a tales características de “espacio público”; no es un escenario preexistente ni un epifenómeno de la organización social o de la cultura política; es espacio público en tanto es atravesado por una experiencia social al mismo tiempo que organiza esa experiencia y le da formas. Se trata, por tanto, de una cualidad política de la ciudad que puede o no emerger en definidas coyun-

³ Creo estar, de este modo, cerca del *registro* en que Hannah Arendt desarrolla sus posiciones sobre el espacio público, cerca de su forma de representárselo (más que de una *teoría* a cuya formulación ella se niega); cfr. *La condición humana*, Barcelona, Paidós, 1993 (Chicago, 1958), especialmente los capítulos II y VI. Sobre esta posibilidad de leer en el *registro* arendtiano –es decir, de un modo lateral a sus propias formulaciones– una aproximación conceptual a los temas del espacio público en la ciudad, véase el análisis que hacen de su obra Pierre Ansay y René Schoonbrodt, *Penser la ville. Choix de textes philosophiques*, Bruselas, AAM Editions, 1989, p. 62.

turas, en las que se cruzan de modo único diferentes historias de muy diferentes duraciones: historias políticas, técnicas, urbanas, culturales, de las ideas, de la sociedad; se trata de una encrucijada. Así, la hipótesis sobre la existencia o no del espacio público es el producto de una interpretación sobre la relación entre la forma urbana y la cultura política de un momento determinado de la historia.

Ese momento, en nuestro caso, está señalado en la propia categoría por el calificativo *metropolitano*, con el que nuevamente se busca nombrar procesos materiales y sociales. A diferencia de la acepción habitual de metrópolis, que remite al tamaño de las ciudades, aquí se busca señalar el cambio cualitativo que implicó ese fenómeno urbano, económico, político y social que es la metropolización, frente a los procesos previos de formación de una esfera pública en la ciudad tradicional. Es el sentido de la noción de metrópolis otorgado por Georg Simmel a comienzos de siglo, inspiración de buena parte de las lecturas culturales y sociológicas de la modernidad: la metrópolis es la forma general de “existencia” moderna, producida por el proceso de racionalización mercantilista de las relaciones sociales que modifican la cualidad de la ciudad tradicional en un universo cuantificado y abstracto. En el caso de Buenos Aires, ya las avenidas del intendente Alvear a comienzos de la década de 1880, con sus edificios en altura que promueven una nueva forma de renta urbana, están planteando un nuevo escenario que rompe con la ciudad tradicional; pero el cambio fundamental que permite comenzar a hablar de metrópolis, en esta hipótesis, es la expansión territorial de 1887 por la transformación y complejización que produce del mercado –urbano, político y cultural–, introduciendo la masividad de los nuevos sectores populares a la ciudad y a la ciudadanía.⁴

Ahora bien, esta periodización particular que se adopta para enfocar el *espacio público metropolitano* es lo que, de hecho, impediría aplicar de modo literal a este caso la teoría más difundida en la actualidad sobre el

⁴ Véase Georg Simmel, “Las grandes urbes y la vida del espíritu” (1903), en *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura*, Barcelona, Península, 1986. Sobre el modo de conceptualizar el problema desde el punto de vista de las transformaciones en el mercado urbano, sigo a Italo Insolera, “Europa XIX secolo: ipotesi per una nuova definizione della città”, en Alberto Caracciolo, *Dalla città preindustriale alla città del capitalismo*, Bologna, Il Mulino, 1975; Insolera muestra el rol productivo de los boulevards haussmannianos, proponiendo la reforma parisina como la inauguración, a través de la actividad fundiaria, del modelo de la industria-ciudad: Haussmann no sólo habría organizado la ciudad como medio eficaz para la producción y circulación de mercancías, sino que inventó la casa burguesa como mercancía inmueble; para ello es que nacen los boulevards, y ahí es cuando la industria-ciudad demuestra que está en condiciones de absorber competitivamente los capitales privados que hasta entonces se invertían en la producción industrial.

espacio público –la formulada por Jürgen Habermas con inspiración en el modelo iluminista–, ya que ésta supone un momento histórico anterior y un conflicto histórico diferente, el que se produce entre las aspiraciones de una naciente burguesía y un tipo particular de estado absolutista. En la Argentina posterior al ochenta, en la noción de espacio público debemos incorporar, además, el rol fundante del estado en el proceso de modernización, lo que elimina buena parte de la acepción clásica que se asienta, justamente, sobre la pertenencia del espacio público a la sociedad civil, frente al estado. Es decir, aquí debemos entender la formación y el funcionamiento de un espacio público metropolitano admitiendo que en buena medida buscó construirse “desde arriba”, con el declarado objetivo de darle *forma* a una sociedad que el reformismo estatal percibía en riesgo de atomización. Esta *estatalidad* originaria de lo público en la Buenos Aires metropolitana también iluminará los intentos provenientes de la sociedad, en su productividad y en sus aporías. De tal modo, la noción de espacio público no puede sujetarse aquí a ninguna ortodoxia teórica o histórica; será tomada más como estímulo para enfocar una serie de problemas, que como un sistema de certezas teóricas; más como acceso a nuevas zonas de historicidad, que como matriz explicativa de las mismas.⁵

En definitiva, *espacio público* será comprendido como un *horizonte*, en un doble sentido. Un horizonte conceptual, que permita enfocar los contactos entre las dos dimensiones tan diferentes que supone, la política y la urbana; que permita introducir una cuña en la intersección de la política y la forma, para tratar de entender cómo se produce una en la otra, para ver qué hay de una en la otra. Y un horizonte político, de la política democrática y del *derecho a la ciudad*, que implica la tensión permanente hacia la construcción de una arena pública inclusiva tanto de grupos

⁵ Esta flexión ya la han asumido los mejores trabajos de historia que en el ámbito local se inspiran, sin embargo, en la noción habermasiana de espacio público; me refiero especialmente a los trabajos de Hilda Sabato sobre el período posterior a Caseros; ha dado de ellos una última versión abarcante en el libro *La política en las calles. Entre el voto y la movilización. Buenos Aires, 1862-1880*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998. Para la teoría habermasiana, véase Jürgen Habermas, *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*, Barcelona, Gili, 1981 (Darmstadt, 1962). Con respecto a las limitaciones que planteo, el propio Habermas se había preocupado en subrayar, respondiendo por anticipado a tantos usos anacrónicos de su teoría, que no se la puede usar como “modelo”: la “esfera pública burguesa” sólo puede ser entendida históricamente como “categoría típica de época”; *Historia y crítica...*, cit., p. 38. En verdad, cada formulación teórica importante sobre el espacio público ha supuesto un específico *momento de realización* (la Antigüedad clásica para Arendt, por ejemplo), postulando en el propio concepto un debate sobre el problema de la periodización en la cultura occidental.

sociales y culturales como de temas que amplíen el espectro de lo establecido como “bien común”.⁶

Paradigmas historiográficos

La grilla y el parque son, entonces, las figuras materiales y culturales que protagonizan la historia de la producción de ese horizonte político en la Buenos Aires metropolitana. A lo largo del libro se irá construyendo el entramado histórico que constituye ambas figuras en una realidad urbana y cultural de larga duración y efectos múltiples en Buenos Aires; en esta introducción vamos a proceder al revés: tratar de entender y someter a discusión su lugar conflictivo en la historiografía para poder recortar del negativo una figura nueva. La grilla ha sido siempre considerada como el producto espontáneo de la especulación inmobiliaria; los parques, como el espacio verde higiénico, de ornato o recreación, siempre insuficiente y marchando siempre a la retaguardia de otros procesos (renta del suelo, transporte, infraestructura). Por razones inversas (uno por su exceso y el otro por su falta), ambos fueron tomados como la demostración palmaria de la ausencia de voluntad del poder público de incidir en el destino de la ciudad. Sin embargo, aquí se consideran como espacio público no, como se dijo, porque lo sean en sí mismos en tanto espacios abiertos y de libre circulación, sino porque en Buenos Aires funcionaron históricamente como *detonantes* de la emergencia de un espacio público metropolitano, especialmente por su rol como instrumentos de regulación pública de la forma urbana.

En este sentido, la sola presencia de la grilla y el parque como realidades públicas pone en cuestión el principal paradigma sobre el cual se constituyó la moderna historiografía de la Buenos Aires metropolitana: la convicción de que la expansión de la ciudad fue el producto directo de una combinación entre la modernización técnica (el puerto, los ferrocarriles y la electrificación del tranvía) y las necesidades del capital local y extranjero (la especulación inmobiliaria con sus famosos loteos en cuotas y la explotación privada de los transportes públicos). Como se sabe, fue James Scobie, en la década de 1970, quien formalizó magistralmente este paradigma, en el primer libro de historia de Buenos Aires estructurado a través de un conjunto de hipótesis coherentes.⁷ Se trata de un paradigma

⁶ En este último párrafo estoy parafraseando aspectos de la intervención de Nancy Fraser en los debates generados por la relectura del clásico texto de Jürgen Habermas; véase “Rethinking the Public Sphere: A Contribution of Actually Existing Democracy”, en Craig Calhoun (ed.), *Habermas and the Public Sphere*, Cambridge, MIT Press, 1991.

⁷ James Scobie, *Buenos Aires, del centro a los barrios, 1870-1910*, Buenos Aires, Solar-Hachette, 1977 (Oxford, 1974). Hay otros dos trabajos muy importantes con-

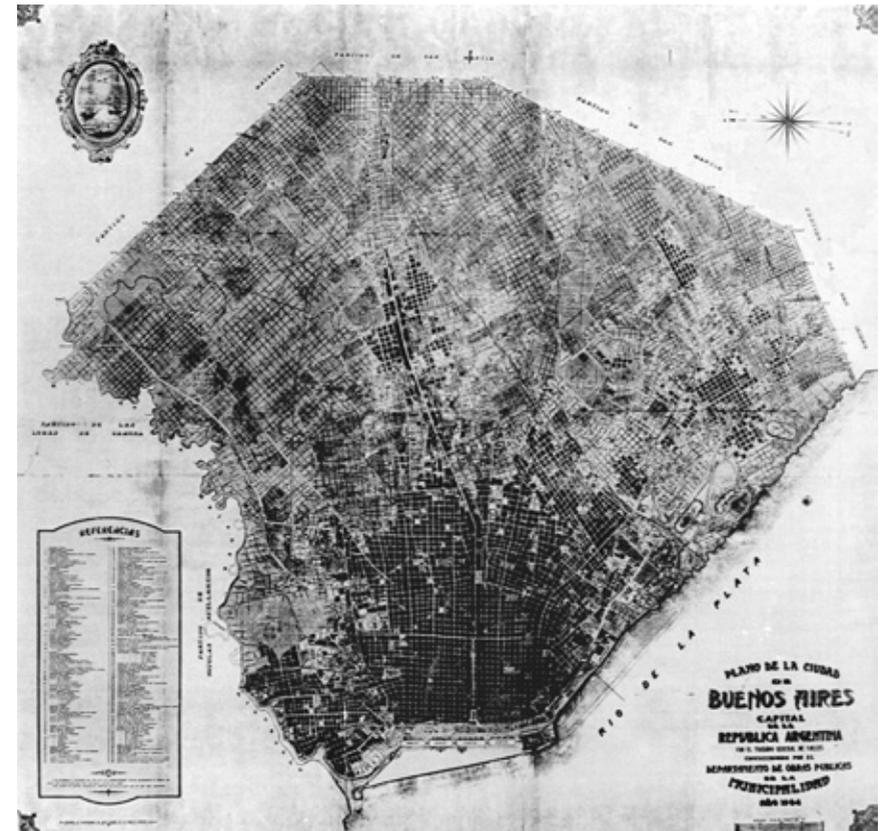
deudor de los postulados habituales en la historia urbana de la época, en los que la marca del economicismo (de lejanas resonancias marxistas, pero llevado adelante en las claves del estructural-funcionalismo desarrollista) llevaba a poner en primer plano los procesos técnicos (también como modo de adaptación del postulado funcionalista que vincula causalmente industrialización y metropolización).⁸

Las claves conceptuales desplegadas por la noción de espacio público, el mundo de problemas y objetos que su enfoque descubre, permiten identificar procesos que cuestionan severamente ese paradigma. Siguiendo con el ejemplo de la relación entre público y privado en la expansión metropolitana, la grilla y el parque muestran que la expansión urbana llevada adelante por el tranvía y los loteos se movió dentro de muy estrechos límites impuestos por el poder público, en función de la definición prioritaria de un tablero público, puntillosamente delineado, en todo el nuevo territorio de la ciudad. Hay, hacia el fin de siglo, una batería de acciones públicas que no han sido hasta ahora analizadas en su especificidad, acciones no concertadas como un plan conjunto y orgánico pero que coinciden en buscar el control de la expansión urbana, la construcción de un mercado racional y la definición, a través de la forma de la ciudad, de las modalidades de sociabilidad para los nuevos habitantes de un espacio público ampliado. Me refiero a la demarcación de los nuevos límites de la Capital Federal (1888), y al posterior desarrollo en paralelo, entre 1898 y 1904, de dos acciones determinantes: el diseño de un plano público de extensión para ese vastísimo territorio y la disposición de un sistema de parques perimetrales a la ciudad tradicional, en el espacio de frontera entre la ciudad consolidada y el área de la expansión. Y recordemos que el primer ciclo de expansión suburbana *privada* se dio precisamente *a partir* de 1904: recién entonces se generaliza la electrificación tranviaria (con la consiguiente rebaja de boletos) y comienza el proceso masivo de la venta en cuotas de terrenos.

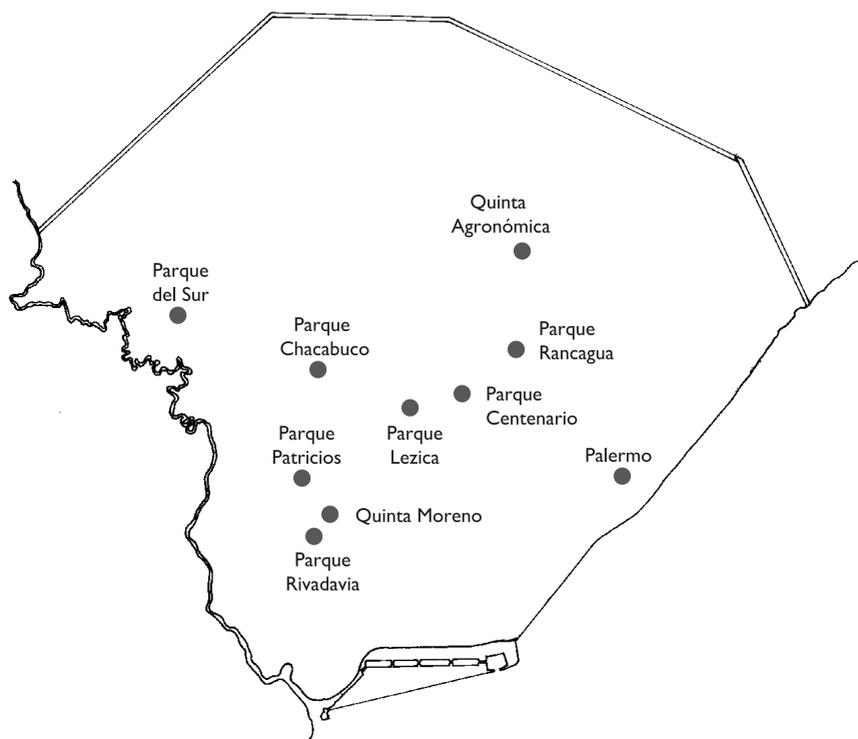
Detengámonos, entonces, en esa batería de acciones públicas. En primer lugar, el nuevo límite de la ciudad, el “Boulevard de circunvalación”, que descarta adecuar la nueva forma del municipio a la mera sumatoria

temporáneos al de Scobie que comparten su visión de la expansión, pero avanzan otros aspectos de la investigación y son de consulta imprescindible: Charles Sargent, *The Spatial Evolution of Greater Buenos Aires, Argentina, 1870-1930*, Tempe, Arizona State University, 1974; y Horacio Torres, “Evolución de los procesos de estructuración espacial urbana. El caso de Buenos Aires”, *Desarrollo Económico*, No. 58, Buenos Aires, julio-septiembre de 1975.

⁸ Hemos desarrollado este tema con Graciela Silvestri en “Imágenes al sur. Sobre algunas hipótesis de James Scobie para el desarrollo de Buenos Aires”, *Anales del Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas “Mario J. Buschiazso”*, No. 27-28, Buenos Aires, FADU-UBA, 1991.



Plano del Departamento de Obras Públicas de la Municipalidad, 1904 (Museo Mitre). Es el plano que publica por primera vez el trazado de la cuadrícula en todo el territorio anexado, realizado por una comisión municipal dirigida por el director de Obras Públicas, ingeniero Carlos María Morales, en 1898. Nótese la diferencia entre el trazado de las zonas construidas (más oscuras) y las anchas áreas de cuadrícula uniforme trazadas sobre el territorio vacío (comparar con p. 129). Las manzanas dibujadas en este plano son las que, prácticamente sin modificaciones, se abrirán y construirán en los siguientes cuarenta años.



a. Esquema de la disposición de los parques realizados o propuestos entre finales de siglo y 1904.
 b. Detalle del sector del Parque Chacabuco, plano del Departamento de Obras Públicas de la Municipalidad, 1904 (Museo Mitre).

de la superficie de los dos municipios anexados con sus bordes irregulares: se traza una línea regular y artificial (la futura General Paz) que fija una figura ordenada para la nueva ciudad, buscando preservar, pese al cambio de escala, la centralidad y la simetría de la ciudad tradicional. Como si se tratara de proyectar geoméricamente hacia la nueva extensión de la ciudad lo que había sido para Rivadavia el boulevard Entre Ríos-Callao y para Alvear su propio proyecto de “Bulevard de circunvalación”, aquí se ratifica una *voluntad de forma* que busca recortar lo que es ciudad de lo que no lo es, aunque en este caso la línea se trace en medio de la vastedad de la pampa. En segundo lugar, el plano público que cuadrícula todo ese nuevo territorio. Publicado en 1904, este plano viario prácticamente idéntico a la ciudad amanzanada que se materializaría unas décadas más tarde, cubre con una grilla de pretensiones homogeneizadoras los vastos descampados que rodeaban la ciudad hasta el flamante límite. Se trata de una manifestación de la voluntad del estado para que la incorporación al mercado urbano de esas tierras se hiciera de acuerdo con una delineación pública idealmente equitativa en todas las direcciones del crecimiento potencial de la ciudad. Y, en esos mismos años, por último, el proyecto y realización (parcial) de una serie de parques que buscan formar una cintura verde para la ciudad concentrada ya consolidada; la idea de un incipiente sistema de parques es elaborada en el ámbito municipal simultáneamente con la expansión de la grilla; una cintura verde que coincide con la voluntad de forma del nuevo límite de la ciudad, pero que se propone abiertamente limitar la expansión urbana.

Ya analizaremos los impulsos contradictorios que anidan en esta batería de acciones públicas, pero digamos, en principio, que la grilla y el parque aparecen allí como la encarnación de una voluntad pública proyectual sobre la ciudad, una voluntad cuya capacidad y consecuencias son por lo menos sorprendentes para la época y que produce, en sí misma, modificaciones enormes a nuestras imágenes de la metropolización. Posiblemente, quienes no están habituados a la frecuentación de planos urbanos no adviertan de inmediato la importancia que tuvo para la ciudad esta batería de acciones, la definición pública temprana de un vastísimo territorio urbanizable en torno a la ciudad tradicional: muestra que el territorio “inculto” que se anexó en 1887 no fue ocupado al mero designio de la especulación inmobiliaria o la modernización técnica. Quizás sirva como ilustración el contraste con lo que fue más común para la época en las ciudades latinoamericanas: en ellas, ante un estado prescindente, o socio directo de los inversores inmobiliarios, los loteos nuevos carecieron de toda reglamentación, de todo contacto entre sí y de toda pertenencia a una imagen global de la futura ciudad que estaban constituyendo, lo que dio origen a la típica distinción latinoamericana entre ciudad *legal* e *ilegal*. Una de las hipótesis de este trabajo es, en cambio, que la existencia en Buenos Aires de un tablero público extendido no sólo a toda la ciudad existente, sino previendo un crecimiento que sólo se daría en décadas,

fue una de las bases materiales urbanas que generó la posibilidad de un espacio público y que asentó en la estructura urbana uno de los factores clave de la futura integración social y cultural; un gesto, como veremos, comparable a muy pocas experiencias internacionales. Esa voluntad pública no surge de un vacío: habla de la construcción lenta y asordada de instrumentos de intervención urbanística, de la construcción de una administración pública capaz de ponerlos en práctica, de proyectos políticos y proyectos urbanos que se delinearán durante buena parte del siglo XIX a través de experiencias de gestión de la ciudad pero, sobre todo, a partir de intensas discusiones intelectuales y políticas que ponen a la ciudad y su espacio público en el centro del debate cultural sobre la definición de la nación: siguiendo el programa convertido en sentido común desde el iluminismo, cambiar la sociedad y cambiar la ciudad son las dos caras de un mismo proyecto que va a encontrar forma definitiva y definitoria, para la Buenos Aires del nuevo siglo, en la grilla y el parque.

Ahora bien, así como esta batería de acciones públicas aparece en cuanto se aplica una perspectiva historiográfica que hace hincapié en la noción de espacio público, del mismo modo, su ausencia en la historiografía existente podría explicarse en los límites de su perspectiva conceptual: como en *La carta robada* de Poe, no se puede ver lo más evidente cuando es demasiado evidente –¿y qué más a la vista que la cuadrícula porteña?– o, por decirlo de modo más próximo al detective Dupin, cuando su evidencia está por fuera de los presupuestos que guían la investigación. Las historias tradicionales de Buenos Aires *fin de siècle* apuntan a mostrar (para alabar o criticar) una ciudad “europea”, que se moderniza con empréstitos e infraestructura británicos, con criterios urbanos franceses y con constructores italianos. Son afirmaciones incontestables y a la vez, al menos hoy, inútiles. Porque no permiten entender la peculiaridad de lo que aquí se produjo como ciudad y como sociedad, que está lejos de ser una versión degradada, incompleta o paródica de “modelos originales”: es la propia noción de *influencia* lo que debe ser puesto en cuestión. Contemplando, por una parte, las peculiaridades que la propia mezcla entraña, tema desarrollado ejemplarmente en estudios culturales como los de Adolfo Prieto o Beatriz Sarlo; por otra parte, que esa mezcla se producía en una Buenos Aires que era también, en todo ese período, como ha mostrado Liernur, una especie de campamento de frontera provisoria.⁹ Pero aquí me interesa ir más atrás, para mostrar que aquel des-

⁹ Cfr. Adolfo Prieto, *El criollismo en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Sudamericana, 1991; y Beatriz Sarlo, *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1988. Jorge Francisco Liernur, “La ciudad efímera”, en J. F. Liernur y Graciela Silvestri, *El umbral de la metrópolis. Transformaciones técnicas y cultura en la modernización de Buenos Aires*, Buenos Aires, Sudamericana, 1993.

conocimiento tiene raíces profundas, que aparecen en el reverso de una larguísima tradición de repudio a uno de nuestros dos protagonistas: la grilla, y lo que ésta representaba, la expansión suburbana ilimitada. Evitando el maniqueísmo simétrico de invertir ahora ese repudio, propongo articularlo en una nueva visión de la historia de la ciudad. Descifrar del negativo la presencia constante de la cuadrícula en el pensamiento sobre la ciudad ha permitido, en este caso, entrever una serie de características específicas en la constitución de la cultura y la sociedad de Buenos Aires, porque ese repudio tuvo un costado cultural y otro socio-económico: el primero habla de las imágenes y los imaginarios de las relaciones entre la ciudad y la pampa; el segundo, de las peripecias de una constelación de miradas y de acciones reformistas sobre la ciudad.

Ciudad y pampa

Uno de los efectos paradójicos del repudio a la cuadrícula y a la expansión suburbana ha sido su más completa naturalización: como si el damero fundacional de las Leyes de Indias hubiese traído órdenes genéticos para su desarrollo venidero. Ésta es una de las razones por las cuales no han tenido visibilidad ni el trazado del límite de la nueva ciudad federalizada, ni el de la cuadrícula del plano de 1898-1904: ¿acaso no estaban inscriptos en un destino tan natural como ineludible? En la línea de interpretación culturalista de la ciudad (es decir, la línea de interpretación que vincula determinísticamente forma urbana y cultura, la de más larga duración en nuestro país), se trata de un destino oprobioso impuesto por la doble barbarie de la tradición española y la naturaleza pampeana. Lo curioso es que este repudio culturalista, de enorme productividad inicial, reunió una serie de diagnósticos y los cristalizó como sentido común que subsistió mucho después de que cambiaran las condiciones y los paradigmas desde los cuales se formularon.

Sarmiento es uno de los primeros que propone el diagnóstico: la identificación de la planta vieja de la ciudad con las pervivencias tradicionales, como el sinónimo de la “imprevisión” y la “incultura” españolas y de la amenaza anómica de la pampa; la pampa es la metáfora de la asfixia de una ciudad a la que la grilla convierte en “una vasta prisión”, en “un cuerpo pletórico que se ahoga”.¹⁰ Es el retrato de una ciudad tradicional que no podía sino reproducir, en la visión sarmientina, una sociedad tradicional; a ellas le opone una visión de la ciudad como espacio público,

¹⁰ D. F. Sarmiento, “Arquitectura doméstica” (15-10-1879), en *Obras Completas* (Editor A. Belin Sarmiento), Buenos Aires, Imprenta y Litografía Mariano Moreno, 1900, tomo XLVI, p. 104.

posibilitada exclusivamente por la carga modernista de la idea de parque: Palermo, como inicio *ex novo* de una ciudad nueva para una nueva sociedad que sólo podría surgir lejos y afuera de la ciudad tradicional. El parque como espacio de reunión de lo pintoresco y lo sublime, de la cultura y el civismo democrático, opuestos tanto a la naturaleza informe como al pasado presente en la cuadrícula.

Pero Palermo no constituyó una nueva ciudad ni fue su centro de gravedad, sino que, hacia finales de siglo, fue subsumido en la indiferencia de la nueva cuadrícula. Así, cuando se diseña la grilla para todo el enorme territorio anexado, parecen alimentarse en abismo las dos acechanzas del modelo civilizatorio: la ciudad, a través de la cuadrícula, realiza la amenaza de la pampa; su expansión no puede ser vista como culturización de la llanura, sino como metamorfosis. Treinta años después Martínez Estrada verá que “Buenos Aires ha sido engendrada, concebida, superfetada por el llano. Superficie: ésa es la palabra emblema. Superficie es la misma ciudad, que carece de tercera dimensión”.¹¹ Durante esas décadas, infinidad de testimonios tienden a identificar la ciudad como una prolongación indeterminada de la pampa: “Una de las particularidades de Buenos Aires es que no se le puede ver el fin. [...] La pampa no presenta ningún obstáculo”, escribe Georges Clemenceau en 1910; y dos décadas más tarde escribe Massimo Bontempelli:

Buenos Aires es un pedazo de pampa traducido en ciudad. Esto explica su construcción por manzanas [...]. Repitiendo al infinito las manzanas, se hace una ciudad, sin límites necesarios. [...] El principio de la repetición al infinito, enseñado por la naturaleza con la Pampa, ha sido repetido escrupulosamente por los hombres cuando tuvieron que construir el mundo humano de frente al mundo natural.¹²

Pero lo que para algunos de estos visitantes podía ser auspicioso (entendiéndolo como una peculiaridad de la “ciudad americana”), para los observadores locales era la demostración de un fracaso: a la ciudad “no se le puede ver el fin”, la ciudad “no tiene límites necesarios”, porque ya la pampa no es un obstáculo, sino un *medio* para la expansión metropolitana: la ciudad *moderna*, a medida que avanza sobre la pampa, se vuelve más y más su propia metáfora. La clave culturalista del repudio a la cuadrícula es su asimilación a la barbarie que la ciudad estaba llamada a conjurar. Y veremos cómo toda la discusión sobre la expansión, y todos

¹¹ Ezequiel Martínez Estrada, *Radiografía de la pampa* (1933), Buenos Aires, Hyspamérica, 1986, p. 197.

¹² Georges Clemenceau, *Notas de viaje por la América del Sur. Argentina, Uruguay, Brasil*, Buenos Aires, Cabaut y Cía. Editores, 1911, p. 29; Massimo Bontempelli, *Noi, gli Aria. Interpretazioni sudamericane* (1933), Palermo, Sellerio editore, 1994, pp. 68-69.

los proyectos para los parques públicos, estarán tocados por esta ambición culturalista de definir fronteras con la pampa.

En la larguísima duración de esta refutación de la cuadrícula por la pampa (es decir, en la identificación de la cuadrícula con la tradición bárbara, premoderna) hay varias paradojas que nos informan ricamente sobre aspectos de la cultura urbana local y de la propia ciudad. La primera de ellas es que, al contrario que en Buenos Aires, en el mundo occidental la cuadrícula, por lo menos desde que William Penn creó la versión moderna del tablero en escuadra para la ciudad norteamericana, fue el instrumento urbanístico identificado con la racionalidad capitalista más cruda, con la modernización radical del territorio sin mediaciones culturales.¹³ Aquí hay una paradoja que alimentó cantidad de malentendidos en la relación triangular Europa-Norteamérica-Buenos Aires, relación siempre mediada por el prestigio genérico de una idea vaga de ciudad europea frente a la ausencia de historia y de belleza de la ciudad americana; pero justamente la vaguedad de esa oposición muchas veces hace parecer iguales las críticas que se podían hacer, en el siglo XIX, desde criterios absolutamente diferentes. Comparemos dos viajeros en América: Charles Dickens y Emile Daireaux. Dickens recuerda en sus *American Notes* su estadía a mediados de siglo en la ciudad creada, precisamente, por Penn: “Filadelfia es una ciudad hermosa, pero de una regularidad que acaba por volver loco. Después de caminar alrededor de una hora o dos, sentí que habría dado el mundo por una callecita tortuosa”.¹⁴ Daireaux describe la Buenos Aires de finales de los ochenta:

Enteramente derechas, las calles continúan siempre, sin otro objeto que el de prolongar en una misma línea las que fueron trazadas o esbozadas hace tres siglos. Conducen más lejos que entonces, pero al mismo lugar, a los confines de la ciudad, que retrocede frente a ellas sin modificarse en nada [...]. Os invade una especie de melancolía al caminar siempre a lo largo de casas que no aportan más que el sentimiento de haber sido vistas.¹⁵

Es evidente que ambos viajeros tienen modelos europeos diferentes como respaldo a su crítica: el Londres abigarrado de Dickens; la París radial y barroca de Daireaux. Lo que demuestra que definir unívocamente el

¹³ William Penn proyectó Filadelfia como capital de la provincia cuáquera de Pennsylvania (1681), con un trazado regular y uniforme que determinó notablemente el curso del diseño urbanístico sucesivo en los Estados Unidos; véase John Reys, *The Making of Urban America: A History of City Planning in the United States*, Princeton, Princeton University Press, 1965.

¹⁴ Charles Dickens, *Notas de Norteamérica* (1842), en *Obras Completas*, Madrid, Aguilar, 1950, tomo IV, p. 1729.

¹⁵ Emile Daireaux, *Vida y costumbres en el Plata*, Buenos Aires, Félix Lajouane, 1888, tomo I, p. 119.

prestigio de la ciudad europea –en un momento en que el diálogo entre ciudades era intenso y cruzaba complicadamente modelos y miradas– es muy engañoso, porque según de quién se tratara –o según el momento– podían pesar elementos absolutamente contradictorios en su celebración: desde la claridad racional de las intervenciones barrocas, con sus avenidas circulares y diagonales, hasta la densidad cultural de los centros históricos; es decir, la ciudad “moderna” decimonónica o, en la clave de la reivindicación historicista que rechazó aquellas intervenciones, la variedad y la complejidad de las intrincadas callecitas medievales, su “organicidad”, su capacidad de formar comunidades que contrastaban con el anonimato de las nuevas metrópolis. De tal modo, Dickens impugna la modernidad de Filadelfia y Daireaux la ausencia de modernidad en Buenos Aires, la prolongación sin cortes de su traza tradicional; pero pueden hacerlo en términos prácticamente idénticos, haciendo coincidir en la regularidad exasperante de la grilla sus críticas diferentes sobre ciudades que ellos ven diferentes pero no precisamente por lo que miran.

El ejemplo debería prepararnos para entender las críticas cruzadas que encontraremos en la cultura local, porque esta mezcla de motivos es lo que funda la experiencia de la distancia del viaje en los hombres de la élite, cuando desde Europa perciban los contrastes con las perspectivas interminables de las calles siempre iguales de Buenos Aires, cuyas casas bajas de azoteas planas hacían juego con la regularidad tediosa de la planicie: “la ciudad más fea que he conocido entre las de primero, segundo y cuarto orden”, en palabras de Miguel Cané.¹⁶ “Quién llega de otro continente a Buenos Aires siente la inquietud de su delineación, porque es realmente inquietante la supresión de la perspectiva...”, decía Enrique Prins en 1910. Y no es que Prins no tuviera en cuenta que esa delineación enloquecedoramente monótona se había renovado desde los tiempos de Cané con un gesto público deliberado y moderno; simplemente engarza su impresión en una ya asentada tradición culturalista que identifica el “vicio congénito” desde los colonizadores españoles hasta los municipales de fin de siglo, como respuesta inevitable impuesta por la pampa:

Terreno llano, borde de la gran sabana pampeana, no brindaba la naturaleza del lugar el modelo pintoresco del suelo accidentado. Nada era más lógico ante aquel plano imperturbable que completar la obra existente con la expresión geométrica más simple y elemental: lo recto.¹⁷

¹⁶ Miguel Cané, “Carta al Intendente Torcuato de Alvear desde Viena (14-1-1885)”, reproducida en Adrián Beccar Varela, *Torcuato de Alvear. Primer Intendente municipal de la ciudad de Buenos Aires*, Buenos Aires, Kraft, 1926, p. 481

¹⁷ Enrique Prins, “Arquitectura de la ciudad de Buenos Aires”, *Censo General de Población, Edificación, Comercio e Industrias de la Ciudad de Buenos Aires*, Buenos Aires, Compañía Sudamericana de Billetes de Banco, 1910, tomo 3, p. 374. No deja de ser curioso, e indicativo del modo en que la historiografía abordó la cuestión,

Un diagnóstico que pasaría de la crítica urbana a la literatura y a la crítica cultural con suma fluidez, reuniendo un manojo de argumentos de honda receptividad: unos años más tarde Baldomero Fernández Moreno (en uno de los primeros poemarios urbanos) le agradecería a la “callejuela Rauch” por ofrecerle “el sencillo misterio de (su) curva” a su “espíritu cansado de tanta calle recta”; y todavía más tarde Eduardo Schiaffino encontrará la explicación a tanta monotonía en que Garay hubiese sido ingeniero militar: “entre él y sus imitadores nos han cuadrículado el suelo de la República”.¹⁸ Sea por la hegemonía de los modelos de ciudad pintoresquista o por el posterior rechazo modernista a la *rue corridor*, las principales figuras que reflexionaron sobre la ciudad en la primera mitad del siglo xx coincidieron en esos juicios, y siguieron extrayendo de la forma de tablero de la ciudad interpretaciones negativas sobre su cultura; la expectante “ausencia de obstáculos” de Clemenceau se tradujo en “los meandros de la ciudad plana (y) los desfiladeros monótonos” de la “ciudad visible” de Mallea. Como para John Ruskin casi un siglo antes, para ellos “esos dameros no son prisiones para el cuerpo sino sepulturas para el alma”.¹⁹

La ausencia de obstáculos es la falla primordial: la imposibilidad de fijar un límite estable entre la ciudad y la pampa es la causa de una expansión ilimitada que imagina siempre la nueva ciudad como una prolongación lo más exacta posible de la existente. *Contrario sensu*, hoy resulta muy sugestivo pensar que esta ausencia de un borde natural que hacía más notoria la falta de encantos de la cuadrícula, colaboró con la voluntad pública para favorecer una suburbanización integrada sin solución de continuidad material; nuevamente conviene observar otras ciudades latinoamericanas (como Río de Janeiro, San Pablo o Caracas) en las que la naturaleza accidentada fue uno de los factores que favoreció la constitución de barreras entre sectores sociales. En Buenos Aires, naturaleza y voluntad pública confluyeron en su espíritu aplanador: la imposibilidad tan repudiada de fijar una frontera estable entre la ciudad y la pampa constituyó uno de los principales incentivos para imaginar la

que un historiador como Guy Bourdú retome literalmente estos argumentos y explique la persistencia de los trazados cuadrículados en términos del “horror al vacío” que “parece reemplazar a la imaginación arquitectónica” en los hombres del siglo xix; cfr. *Buenos Aires: urbanización e inmigración*, Buenos Aires, Huemul, 1977, p. 96.

¹⁸ “Callejuela Rauch” (1917), en B. Fernández Moreno, *Ciudad, 1915-1949*, Buenos Aires, Ediciones de la Municipalidad, 1949; Eduardo Schiaffino, *Urbanización de Buenos Aires*, Buenos Aires, Manuel Gleizer, 1927, p. 232.

¹⁹ Eduardo Mallea, *Historia de una pasión argentina* (1937), Buenos Aires, Sudamericana, 1990, p. 67. John Ruskin en *Elogio del gótico*, citado por Françoise Choay, *Urbanismo. Utopías y realidades*, Barcelona, Lumen, 1976, p. 30.

expansión ilimitada como forma de resolver las condiciones de hacinamiento del centro y dar lugar a una expansión que es al mismo tiempo de la ciudad y la ciudadanía. Operación posible, nuevamente, gracias al vacío cultural de los territorios que se habían anexado, cargados apenas con los valores que debían ser superados, la barbarie, la tradición.

Pero suponer que la llanura pampeana favoreció una expansión sin fronteras no significa suponer una expansión pacífica con su entorno. El repudio culturalista a la imposición de la pampa combinó extrañamente el deseo del “modelo pintoresco del suelo accidentado”, con una lucha tenaz contra todo aquello que se veía como amenaza de la naturaleza contra la ciudad. Si se piensa en los continuos rellenos del Río de la Plata –la otra llanura que amenazaba volcarse sobre la ciudad–, en la obra monumental de levantamiento de La Boca, en los entubamientos de los arroyos o en el casi total aplanamiento de la barranca que definía la meseta sobre la que se extiende la parte central de la ciudad, se ve una voluntad de igualación del territorio encaminada al logro de un plano homogéneo de la ciudad, que buscó domesticar deliberada y concienzudamente todo resto irregular. Una voluntad que en cada una de sus manifestaciones no dejaba de lamentar los bienes escasos (en términos de ruptura de la monótona horizontal) que se perdían, pero cuyo ideal de regularidad fue constante y sostenido. Y aquí está el aspecto principal de la paradoja: efectivamente, la cuadrícula intenta llenar el vacío de la pampa, intenta fundar ciudad sobre la nada. Porque ve la naturaleza como amenaza material y cultural, funda una forma abstracta, homogénea, regular: pura cultura (¿y qué otro modo conoce la modernidad de hacerlo?); pero en esa regularidad, el culturalismo denuncia el triunfo de la naturaleza (¿y qué más tradicional que ella?), porque lo que aparece como principal abstracción es la propia inmensidad de la llanura, su ausencia de organicidad. Como se dijo más arriba, es ésa la restitución que promete el parque público desde su creación local por Sarmiento. El parque como creación humana: para eso son los Portones de Palermo, para tomar distancia de la naturaleza, para crear *lugar* entre la nada. Y esta marca sigue presente y da sentido a los parques que se crean simultáneamente con la grilla a fin de siglo, en un intento explícito por formar una cintura verde que, a partir de Palermo, bordease la ciudad tradicional en todo su perímetro.

La otra gran paradoja dentro del mismo marco culturalista es que, como se sabe bien, a partir del fin de siglo la visión de la pampa se fue positivizando: puesto en crisis el ideal civilizatorio a partir del crack financiero y político de 1890 y de la babel de lenguas y de rostros en que se convierte la metrópolis, la pampa comienza a aparecer como un lugar incontaminado, reserva de valores puros; junto con el gaucho, que en el momento en que se extinguía como figura real se convertía en figura mítica, la pampa pasó a ser emblema de la nacionalidad, la respuesta cultural a la necesidad de construir una identidad frente al aluvión inmigratorio. Y sin embargo, la mayoría de los observadores del proceso de

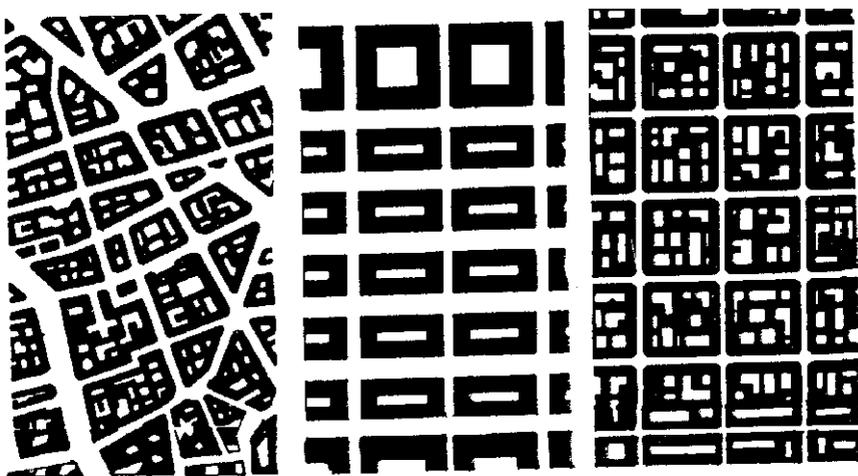
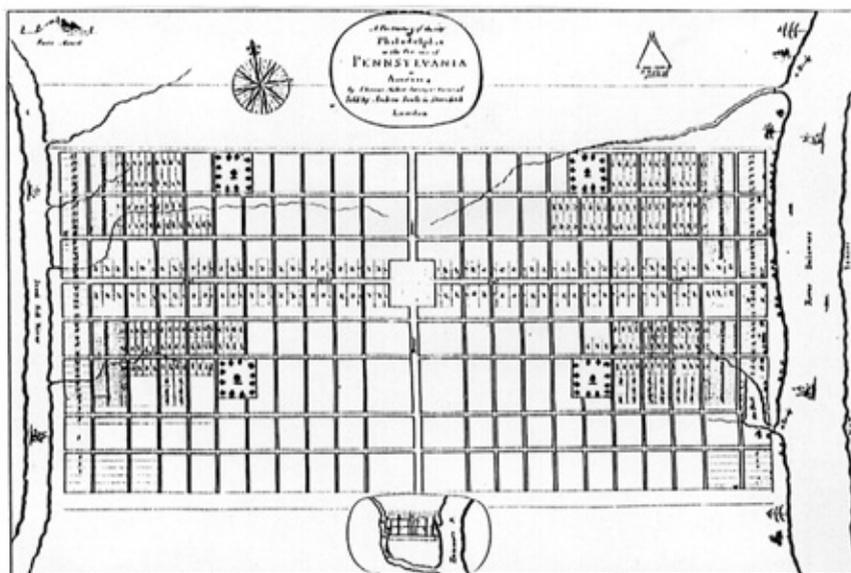
modernización urbana siguieron explicando en términos negativos la ciudad resultante de la cuadrícula por su asimilación con la pampa.

Con algunas pocas excepciones, como la más notoria de Borges: en un gesto que caracteriza muchas de sus operaciones culturales, Borges convirtió esa carencia en valor; por eso imagina la fundación mítica de Buenos Aires en una manzana cuadrada, “una manzana entera pero en mitá del campo”, dándole estatuto fundacional, provocativamente, a los dos símbolos del repudio culturalista.²⁰ Es precisamente sobre la ausencia de carácter de la ciudad periférica, del arrabal anómico en sus estribaciones indiferenciadas con la pampa, donde Borges busca construir la “epopeya” que le falta al habitante de la ciudad, y donde postula que la construcción modernista de la identidad cultural puede surgir plena. Pero aquí importa mostrar que tanto la tradición culturalista como su inversión borgiana no hacen más que densificar la relación, mediada por la cuadrícula, entre la ciudad tradicional y su expansión moderna en el territorio: no se trata de tomar partido por una u otra versión, sino de darle lugar a la cantidad de problemas que hacen aparecer en sus contrastes y empalmes desajustados. En especial, la cualidad imaginaria con que la abstracción de la cuadrícula replica la de la pampa, tema que es posible identificar en la literatura y desde allí permite entrever la complejidad de los diálogos y las influencias con los modelos urbanos externos.

¿El parque contra la grilla? El problema del reformismo

Hemos encontrado una específica voluntad pública en el momento de emergencia de la grilla y el parque, y esa voluntad pública, en primera instancia, permite postular una vocación reformista. Pero cuando se ponen en paralelo la grilla y el parque como demostración de una voluntad pública de reforma, debe quedar claro no sólo que se están reuniendo dos figuras diferentes, sino que se están haciendo funcionar en una misma dirección dos verdaderos condensadores de sentido, representativos, en la tradición del pensamiento urbano, de universos conceptuales enfrentados inconciliablemente en torno al problema de la reforma: el parque ha sido siempre entendido como el instrumento privilegiado de reforma –social, cultural y urbana– frente a la grilla, representativa de los intereses económicos especulativos. Esta versión surge paradigmáticamente del proceso de formación del Central Park en Manhattan, a mediados del siglo XIX, que se constituye en el parque público por excelencia en el imaginario urbano; porque si bien en Europa el parque ya cargaba con contenidos de reforma higiénica y política (el saneamiento ambiental en

²⁰ Jorge Luis Borges, “La fundación mitológica de Buenos Aires”, *Cuaderno San Martín*, Buenos Aires, Proa, 1929, p. 10.



a. Plano de Filadelfia, Pennsylvania, 1683, realizado por William Penn, modelo de infinidad de trazados posteriores en los Estados Unidos (Reps, *The Making of Urban America*, citado).

b. Dibujo comparando los tipos de trazado urbano: el París tradicional, Nueva York y Buenos Aires (original de Le Corbusier, en Benevolo, *Diseño de la ciudad*, México, Gili, 1978).

la ciudad crecientemente congestionada y la apertura al público burgués y plebeyo de los jardines palaciegos), la construcción del Central Park fue una verdadera epopeya colectiva de reforma que impuso –a lo largo de más de dos décadas de debates encarnizados– el interés público sobre el interés de los propietarios de tierras, los especuladores y los *bosses* políticos, abriendo en su propio corazón la rígida grilla que cubría idealmente toda la isla.²¹ Desde ese momento fundacional, el parque queda en el imaginario urbano y político como el instrumento de la reforma y la grilla como su objeto; incluso para las versiones paródicamente críticas de la modernización urbana, el parque decimonónico, casi como si no hubiera sido un instrumento fundamental de modernización, ha sido siempre el elemento rescatado como clave de las búsquedas de restauración de una ciudad más armónica social y ambientalmente.

147 b

A tono con la experiencia internacional, en el ciclo en que se proyectan y realizan los principales parques de Buenos Aires –de Palermo a los años treinta– la idea de parque irá superponiendo y densificando significados que le dan esta cualidad de espacio público por antonomasia: referente higiénico naturalizador de la experiencia metropolitana (el parque como *naturaleza* reintroducida en la ciudad); institución cívica de igualación social y libertad política (el parque como centro cívico, organizador espacial de las instituciones republicanas y los monumentos patrios); polo de agrupación e identidad comunitarios (el parque como “nueva catedral” en la ciudad moderna). Ya veremos la complejidad que la superposición de valencias organicistas y racionalistas le da a este espacio público y a los reformismos que lo promueven; pero conviene aquí detenerse en la oposición con la grilla, oposición en la que ésta queda definida como negativo puntual a cada uno de aquellos significados: estructura artificial, símbolo de la voluntad del dominio brutal del hombre moderno sobre la naturaleza; diagrama del poder omnímoto del mercado y de la sumisión política a su imperio; esquema básico del anonimato, demostración de la imposibilidad de agrupación comunitaria.

Es el otro repudio a la manzana, socio-económico y político, que a diferencia del culturalista identifica a la grilla con lo más moderno y la critica por ello: la explotación capitalista del territorio y la anomia metropolitana. Es un repudio constitutivo de la urbanística como tal, ya que en su versión clásica, centroeuropea, la urbanística se forma como reacción a los planos de extensión amanzanados de la segunda mitad del siglo XIX,

132

²¹ Hay que destacar que ésta es la “versión heroica”; aquí no interesa ponerla en cuestión críticamente sino seguir la historia de esa idea acerca del parque como dispositivo reformista. Para una versión crítica, véase Francesco Dal Co, “De los parques a la región”, en Giorgio Ciucci, Francesco Dal Co, Mario Manieri Elia y Manfredo Tafuri, *La ciudad americana. De la Guerra Civil al New Deal*, Barcelona, Gili, 1976 (Bari, 1973).

190 a levantando como alternativa el modelo inglés del suburbio jardín descentralizado. Pero incluso en el imaginario de esta urbanística clásica, aquellos planos de extensión que se rechazaban en las ciudades europeas no hacían más que remitir, nuevamente, a la matriz básica que se encontraba en el capitalismo americano y en su producto urbano por excelencia: la grilla universal, abstracta, como dominio económico de la naturaleza. Así que es en la literatura sobre la ciudad norteamericana donde también se desarrolla el relato patrón de este repudio, comenzando por el propio Frederic Law Olmsted, creador del Central Park y, por ende, pionero en la denuncia de la grilla, y atravesando toda la historiografía americana: desde Lewis Mumford, para quien el capitalismo “trata el lote individual y el bloque, la calle y la avenida, como unidades abstractas para comprar y vender, sin respeto por usos históricos, condiciones topográficas o necesidades sociales”; hasta el historiador John Reys, que critica la grilla neoyorquina en términos lapidarios:

147 a Como ayuda a la especulación, el proyecto de la Comisión [del Plano de 1811] es probablemente sin igual, pero éste es el único motivo por el cual puede ser definido un gran suceso. Queda el hecho de que esta Nueva York a escuadra, que sirvió de modelo para ciudades sucesivas, fue un desastre cuyas consecuencias han sido a duras penas contenidas por los urbanistas más recientes.²²

Se trata de un repudio técnico, moral y político que atravesó indemne diferentes episodios de revisión a lo largo del siglo, para perdurar en lo sustancial hasta nuestros días.²³ De modo tal que nos encontramos nuevamente con ese repudio en un reciente análisis histórico de resonancias marxistas como el de Peter Marcuse, para quien la grilla del capitalismo temprano

²² Lewis Mumford, *The City in History: its origins, its transformations and its prospects*, Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich, 1961, p. 421; y John Reys, *La costruzione dell'America urbana*, Milán, Franco Angeli Editore, 1976, p. 187 (edición italiana con introducción de Francesco Dal Co). Reys distingue entre la propuesta de William Penn para Filadelfia, que juzga positivamente, y la grilla de Nueva York, con consideraciones acerca de lo apropiado del sitio (una planicie en el caso de Filadelfia, mientras que en Manhattan se desconoció la geografía de la isla); pero de este modo no se hace cargo del peso simbólico que él mismo reconoce que la grilla tenía para Penn, más allá y antes del sitio, como materialización de un ideal de libertad política y religiosa, y de igualdad social y económica.

36 a
147 b ²³ Atravesó la reivindicación de la calle tradicional iniciada por Jane Jacobs en los años sesenta, aunque era en definitiva una reivindicación comunitarista de la vecindad; y sobrevivió al redescubrimiento formalista de los años setenta, como el que desarrolla Rem Koolhaas en su “manifiesto retroactivo” de Manhattan. Véase Jane Jacobs, *Vida y muerte de las grandes ciudades*, Barcelona, Península, 1974 (Nueva York, 1968) y Rem Koolhaas, *Delirious New York. A Retroactive Manifesto for Manhattan*, Rotterdam, 010 Publishers, 1994 (Nueva York, 1978).

(*laissez-faire grid*) se apropiaba del territorio de modo tal que “el mercado, no el estado, debía determinar su uso”; y lo encontramos también en un análisis más fenomenológico y de resonancias existencialistas como el de Richard Sennett, para quien la grilla es el paradigma de la “ciudad neutra”, típica de la “ética protestante” del capitalismo americano:

La grilla era un espacio de competición económica en el cual jugar como sobre un tablero de ajedrez. Era un espacio de neutralidad, neutralidad conquistada negando al ambiente cualquier valor autónomo. Y, como en aquella victoria de Pirro [...], la grilla desorientó a quienes jugaban sobre ella, que no podían establecer qué tenía valor en lugares sin centros ni confines, espacios de infinita, insensata división geométrica. Ésta fue la ética protestante del espacio.²⁴

Pero Sennett construye su metáfora sobre una lectura cuanto menos unilateral de Max Weber, materializando en la grilla la imagen de la “jaula de hierro” de la racionalidad instrumental; también siguiendo a Weber, sin embargo, la grilla podría pensarse como la manifestación más plena de la voluntad estatal de construir una ciudad en la que el mercado encuentra un reverso necesario en el espacio público. Es sabido que esa relación de necesidad es constitutiva de la noción weberiana de ciudad moderna: si el origen de la ciudad debe buscarse en el mercado, se trata de un mercado que presenta una doble acepción, económica y política, por la cual se subraya la relación entre “los burgueses en tanto que población económica” y “la población política de los ciudadanos”, y se define a la ciudad como lugar del *homo oeconomicus* tanto como esfera político-administrativa.²⁵ De tal modo, en esta definición el mercado existe en tanto permite el intercambio entre individuos libres, la emergencia de un sujeto económico tal que implica, al menos, la “ficción de la equivalencia”. Es destruyendo el carácter cerrado, integrado, de la sociedad tradicional como esto puede producirse; la moderna “sociedad civil”, de “integración incompleta”, gene-

²⁴ La primera cita en Peter Marcuse, “The grid as city plan: New York City and laissez-faire planning in the nineteenth century”, *Planning Perspectives*, 2, Nueva York, 1987, p. 295; la segunda, en Richard Sennett, *The Conscience of the Eye. The Design and Social Life of Cities*, Nueva York, Alfred Knopf, 1990, p. 55. El trabajo de Marcuse es uno de los primeros que intenta una clasificación de diferentes tipos de grilla, lo que ya representa un avance enorme frente a la desconsideración que ha tenido en el pensamiento urbanístico; de todos modos, reafirma la visión de la grilla como esquema exclusivamente al servicio de la especulación salvaje.

²⁵ Max Weber, *La ciudad*, Madrid, Ediciones La Piqueta, 1987 (Tubinga, 1921), p. 20. Lecturas más abarcales que la que propone Sennett sobre las hipótesis de Weber en estos temas, en Hans Paul Bahrdt, *La moderna metrópoli. Reflexiones sociológicas sobre la construcción de las ciudades*, Buenos Aires, EUDEBA, 1970 (Hamburgo, 1961) y Paolo Perulli, *Atlante metropolitano. Il mutamento sociale nelle grandi città*, Bologna, Il Mulino, 1992.

ra los dos atributos principales para la emergencia del espacio público: la *equidad* y la *distancia*, de la que surge la representación formalizada: formas sociales, formas urbanas, formas edilicias, formas de presentación pública (modales, vestimenta), formas políticas. Formas que permiten una esfera pública capaz de poner “entre paréntesis”, por usar la figura de Habermas, las diferencias sociales.²⁶

Efectivamente, la homogeneidad de la grilla podría pensarse así como la materialización más extrema de esa *suspensión de la diferencia*. Es obvio que se trata de una matriz abstracta y homogénea, manifestación extrema de la voluntad moderna capitalista de racionalización y control, pero ¿no corresponde analizar junto a sus implicaciones de dominio sus efectos de igualdad?, ¿junto a su estímulo a la especulación, su imposición de un marco –formal, jurídico y político– con frecuencia demasiado rígido para los especuladores? Como anticipamos, sólo es posible dar respuestas en un plano estrictamente histórico: las componentes reformistas de la grilla dependen de la coyuntura no sólo porque se definen con arreglo a los conocimientos técnicos disponibles, a los objetivos y a los efectos de su trazado, sino porque el propio reformismo no puede sino definirse coyunturalmente, en tanto su esencia es la oposición a aquello que está llamado a reformar, de carácter inestable y móvil en el tiempo; de tal modo, formulamos estas consideraciones generales dentro del horizonte de las ciudades de cuadrícula producidas en el siglo XIX y comienzos del siglo XX. Hecha esta aclaración, es posible fundar un abordaje más complejo y comprensivo de la grilla, apoyándose incluso en los argumentos de las más acérrimas críticas que se le dirigieron. Comenzando nuevamente por Olmsted, que señala un correlato, para él negativo, entre la homogeneidad que “la rígida uniformidad del sistema” produce “espontáneamente”, y la imposibilidad de la diferenciación social:

No hay, intencionalmente, ningún lugar mejor que otro en esos bloques [manzanas]. El oficinista o el mecánico y su joven familia, deseando vivir modestamente en una casa por sus propios medios, sin sirvientes, es provisto de modo idéntico que el saludable mercader, quien, con una gran familia y numerosos sirvientes, desea disponer obras de arte, formar una gran biblioteca, y disfrutar la compañía de muchos huéspedes.²⁷

Es indudable que para que esta descripción de los efectos urbanos del damero siga pareciendo crítica, habría que compartir el rechazo elitista a la igualdad de Olmsted. Pero ¿acaso las razones para ese rechazo elitista

²⁶ Jürgen Habermas, *Historia y crítica de la opinión pública...*, cit. Sobre las definiciones de *equidad* y *distancia* en la ciudad moderna, véase Hans Paul Bahrdt, *La moderna metrópoli...*, citado.

²⁷ Citado en Albert Fein, *Landscape into Cityscape: Frederic Law Olmsted's Plans for a Greater New York City*, Nueva York, Van Nostrand Reinhold, 1967, p. 352.

ta no encuentran su eco local, un siglo después, en el rechazo populista que realizara Juan José Sebreli de la monotonía de los barrios porteños de la clase media, como metáfora de su miserabilidad social y política, barrios cuya uniformidad amanzanada los hace parecerse a “espantosos laberintos de orden y sentido común donde es tan difícil perderse como encontrarse”?²⁸ Al repudio económico se le suma el social e ideológico: la uniformidad como síntoma y causa de la alienación.

También Marcuse, en el reverso de la uniformidad criticada, nos ofrece argumentos, ya que debe conceder que “para propósitos representativos, la grilla es un débil recipiente”, porque no favorece la formación de centros, ni usos jerárquicos, y porque en ella “todas las parcelas son creadas equivalentes y similares”.²⁹ Enfatizando precisamente esta dirección del análisis se ha podido modificar la interpretación sobre el rol atribuido a la uniformidad por la Comisión neoyorquina de 1811, viéndola ahora como parte de una defensa de la preeminencia de lo público sobre lo privado en la expansión de la ciudad: “Gracias a sus esfuerzos [de la Comisión], la antigua forma de gobierno [municipal] fundada sobre la gestión de la propiedad privada, dejó el puesto a una burocracia pública cuya misión se identificaba con el bienestar colectivo”, se señala en un innovador trabajo, vinculando la grilla a la aparición de otro de los aspectos de la noción weberiana de modernidad: la constitución de una burocracia estatal.³⁰

Es que la discusión sobre la grilla implica un conflicto interpretativo más profundo, que abre una cantidad de problemas centrales para nuestro tema. Principalmente, el carácter político del espacio público: como se sabe, la pretensión universalista de este concepto ha sido agudamente desmontada por la tradición marxista, en la línea de las críticas de Marx a la noción de “sociedad civil”, señalando el doble sentido del término alemán que la designa: *bürgerliche Gesellschaft* quiere decir sociedad civil y sociedad burguesa. El mismo tipo de respuestas que ha recibido en los últimos años la noción habermasiana de esfera pública, bajo cuya pretendida universalidad se denuncia ya no sólo el carácter de clase, sino la exclusión de género y la imposición cultural.³¹ Son respuestas que frente

²⁸ Juan José Sebreli, *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación* (1964), Buenos Aires, Siglo Veinte, 1965, p. 69. Más allá de su colocación frente al fenómeno, es evidente que Sebreli acierta en identificar la cuadrícula con la consolidación de la clase media porteña, vinculación realmente original para el momento y que retomaremos con diferente valoración.

²⁹ Peter Marcuse, “The grid as city plan: New York City and laissez-faire planning...”, cit., p. 294.

³⁰ Jeanne Chase, “New York City reinventata: utili riflessioni su un ordine in continuo evolversi”, en Carlo Olmo y Bernard Lepetit (eds.), *La città e le sue storie*, Turín, Einaudi, 1995, p. 243.

³¹ Cfr. Craig Calhoun (ed.), *Habermas and the Public Sphere*, citado.

a la reciente generalización de un uso polivalente de nociones como ciudadanía o esfera pública, recolocan algunos problemas ineludibles sobre sus límites políticos y sociales. Pero, a su vez, frente a una continuidad literal de esa tradición crítica, en los últimos años algunos teóricos han comenzado a adoptar posiciones más heterodoxas, partiendo precisamente de una revaloración de aquella convicción universalista para cuestionar la reducción de la ciudadanía en las ciudades occidentales contemporáneas: más que un instrumento de dominación o, en su opuesto, una utopía ideal de funcionamiento político –es decir, los términos entre los que ha transcurrido buena parte del debate entre la acepción liberal y la tradición de izquierda–, para estos autores la esfera pública –nuevamente, como *horizonte político*– puede ser un instrumento eficaz de análisis y crítica sobre los límites de la democracia existente.³²

36 b Y si estas cuestiones ya son problemáticas considerando la grilla de Nueva York, lo son mucho más si analizamos la emergencia de la grilla de Buenos Aires, más *contaminada* por diferentes y contradictorias tradiciones. En principio, porque la herencia del damero español, de indudable influencia en la determinación formal de la cuadrícula en la expansión, ha impedido sin embargo su tratamiento específico como fenómeno moderno.³³ En el caso de los protagonistas de la modernización urbana, podría pensarse que su imposibilidad de abordar la cuestión pone de manifiesto la mezcla del repudio culturalista con un sentimiento de impotencia, vinculado a la incapacidad –ideológica, política, económica– de los instrumentos del poder público frente a la propiedad privada y a los mecanismos de la especulación inmobiliaria que actuaron una vez definida la grilla: casi no hubo gestión municipal que no intentara modificar, infructuosamente,

³² Véase, por ejemplo, P. Perulli, *Atlante metropolitano...*, cit., y N. Fraser, “Rethinking the Public Sphere...”, citado.

25 ³³ Como se señaló, esto es así al punto de que hasta la historiografía ha desconocido su propia formulación pública de 1898-1904. Uno de los pocos textos de historia que se pregunta por el sentido de la grilla, aunque no repara en su producción deliberada como plano público (de hecho, no registra la existencia del plano de 1898-1904), es el de Hardoy y Gutman, *Buenos Aires. Historia urbana del Área Metropolitana*, Madrid, MAPFRE, 1992. En este texto, la grilla es explicada en dos razones: la facilidad que representaba la cuadrícula para organismos técnicos poco preparados, y, ya en una versión más convencional, en que “el damero se ajustaba a los intereses especulativos que guiaban y densificaban la ciudad en esos años”, pp. 91 y ss. En un ámbito más específicamente arquitectónico, en las dos últimas décadas ha cambiado la sensibilidad con respecto a la cuadrícula, en el sentido de la reivindicación de estructuras compositivas básicas para la ciudad que realizó la tendencia neorracionalista en Italia y España en los años setenta y ochenta; el ejemplo más serio en esta nueva sensibilidad favorable a una aceptación de la cuadrícula como estructura básica de la conformación de Buenos Aires, en Tony Díaz y Damián Quero, *Buenos Aires ideal*, Madrid/Buenos Aires, 1995 (presentación a la Trienal de Milán; mimeo).

los sistemas de expropiación en favor de una mayor flexibilidad para la reforma urbana. De este modo, la cuadrícula se convirtió en el resumen de todos los males de la ciudad y en la justificación de la imposibilidad del cambio; siempre un valor negativo, el resultado de un destino tan oprobioso como inmodificable: la explicación de que Buenos Aires fuese la ciudad “sin esperanzas” que diagnosticó Le Corbusier en 1929.

Pero en Buenos Aires el propio fenómeno es más complejo porque, hacia finales de siglo, la superposición de tradiciones y valores se había acentuado y diversificado: la cultura urbana porteña finisecular debe hacer las cuentas con la cuadrícula de las Leyes de Indias al mismo tiempo que con la propia experiencia norteamericana, muy atentamente seguida, en su mezcla de expansión capitalista y búsqueda de igualdad democrática. Y, sobre todo, debe hacer las cuentas con la larga tradición de proyectación topográfica “a la francesa”, la tradición de la “ciudad regular”, cuya impronta iluminista y fuertemente estatal había ingresado de modo directo –como describió ejemplarmente Aliata– a través de los ingenieros contratados por Rivadavia, marcando a fuego la formación de una burocracia técnica a lo largo de todo el siglo XIX, lo que se manifestó con creces en la fundación de ciudades en la campaña bonaerense por el Departamento Topográfico.³⁴ Por último, no puede dejar de considerarse, también, la influencia determinante de las prácticas internacionales contemporáneas: los ya mencionados planos de extensión, ensanche, o planos viarios (desde el de Ildefonso Cerdá para Barcelona, de 1859, hasta el “Plano de policía” de Hobrecht para Berlín, de 1858-1862), que afirmaban una voluntad pública de control de la expansión urbana (aunque de modo muy rústico, porque al definir minuciosamente una malla universal producían un incentivo a la especulación por un larguísimo período).

Hay, de todos modos, un elemento todavía más específico en la manzana porteña para abonar el carácter reformista de su trazado finisecular: su irracionalidad económica. Es posible demostrar que no fue la modalidad más racional desde el punto de vista de un interés exclusivo por la mayor explotación de la renta del suelo para los propietarios y especuladores. La evidencia se obtiene no ya del hecho histórico de que los propios propietarios se opusieran al trazado nuevo y a la regularización del trazado existente (son numerosísimas las anécdotas en el cambio de siglo sobre la oposición de la mayoría de los propietarios a que sus propiedades fueran mensuradas para la elaboración del plano y el catastro), porque, se sabe, los actores económicos tampoco actuaban siempre de acuerdo con una lógica racional. Esa evidencia surge, con mayor claridad, de la comparación entre la manzana porteña y otros tableros en escuadra. Si

³⁴ Fernando Aliata, “La ciudad regular. Arquitectura edilicia e instituciones durante la época rivadaviana”, en AAVV, *Imagen y recepción de la Revolución Francesa en la Argentina*, Buenos Aires, GEL, 1990.

132 a se la compara con las enormes manzanas del plano berlinés de Hobrecht,
36 b que favorecen la concentración de grandes operadores en vastas superfi-
292 b cies, o con la propia manzana rectangular neoyorquina, que anula todo
elemento residual en la renta del suelo, la manzana cuadrada pequeña
del plano de Buenos Aires (con su corazón residual, su extrema partición
interna y la relación frente/fondo de los lotes completamente desfavora-
ble desde un punto de vista económico) demuestra su irracionalidad. Lo
que era advertido por una clase especial de críticas al damero que iban
más allá de los reparos de tipo pintoresco o estético, y acentuaban las
desventajas económicas; críticas que luego fueron homologadas de modo
paradójico en el repudio moral contra la especulación.

Ya Sarmiento, tomando precisamente como modelo a Nueva York,
discutía la conveniencia de ampliar la ciudad con el esquema del dame-
ro cuadrado, criticando tanto la extensión irracional de los servicios
públicos que producía, como la poca utilidad no sólo especulativa sino
también impositiva, porque “para la contribución directa desperdician un
terreno central inútil”.³⁵ Posiciones que seguirán presentes en este siglo,
desarrolladas sobre todo por los técnicos urbanísticos de los años veinte
y treinta: sea que desde una perspectiva de favorecer los procesos espe-
culativos propongan nuevamente la creación de pasajes a media manza-
na, o que desde una perspectiva reformista propongan la prohibición de
construir en el corazón de manzana, apoyándose en el escaso perjuicio
económico que la expropiación de este sector de los lotes acarrearía a sus
propietarios.³⁶

25 Entender que los técnicos que diseñaron el plano de 1898-1904 eran
conscientes de estas críticas también económicas al damero permite
entonces interpretar que la trama amanzanada de Buenos Aires buscó
una racionalidad no idéntica a la del mercado. Es el instrumento públi-
co que crea un mercado pero, en el mismo diagrama, le impone a sus
mecanismos diferenciadores un reaseguro de homogeneidad e integra-

³⁵ “El plano de la ciudad de Buenos Aires”, *El Nacional*, 23-6-1856, en *oc* (Editor A. Belin Sarmiento), cit., tomo XLII, p. 30. Lo favorable de la cuadrícula norteamericana en términos de racionalidad económica ya lo señala Sarmiento en sus *Viajes*. Cfr. por ejemplo, los pasajes donde comenta largamente los beneficios de la manzana rectangular alargada contra la manzana cuadrada hispanoamericana, en *Viajes por Europa, África y América, 1845-1847 y Diario de gastos*, Buenos Aires, Colección Archivos, FCE, 1993 (edición crítica coordinada por Javier Fernández), pp. 392-393.

36 b ³⁶ En el primer caso, en esa búsqueda de aumento de la renta se explica el trazado, en los años veinte, de los tres barrios ahora tan característicos de la Compañía de Construcciones Modernas, con sus pequeñas manzanas “tallarín” (Parque Chacabuco, Liniers y Floresta); en el segundo caso, la tipología de edificación en altura que el arquitecto Antonio Vilar desarrolla entre 1934 y 1936 es un ejemplo característico de la formulación que mezcla una figuración modernista, aspiraciones de tipo higienista y una búsqueda de mayor racionalización económica en la ciudad.

ción urbana. Se trató de una voluntad pública que condensó diferentes tradiciones y que, hacia finales de siglo, empalmó con –y se alimentó de– la ambición de universalización racional y equitativa de los derechos públicos, típica del “reformismo conservador”: homogeneidad equiva-
le, al menos en el momento inicial, a igualación “desde arriba”, lo que emparenta la grilla con el parque, mostrando las tensiones internas de ese reformismo público con su propio modelo organicista.³⁷ Con el fondo de este conflicto entre la búsqueda de organicidad del parque y la explosión de toda forma que conlleva la uniformidad de la cuadrícula, puede tener sentido saltar una serie de mediaciones para afirmar que estos instrumentos públicos formalizan en el territorio la ambición pública de reforma que encontramos en instituciones contemporáneas como la educación y la salud públicas, y que está en la base de una serie de procesos de socialización, pero también de ampliación de la ciudadanía, como las reformas electorales que se suceden desde el inicio de siglo. Si la cuadrícula es la manera de poner en caja, literalmente, a propietarios de la tierra y a proletarios, proyectándolos como ciudadanos, el parque es el modelo de comunidad que tales ciudadanos deben formar.

Un ciclo reformista: el impulso y su freno

Ahora bien, hasta aquí hemos puntualizado el momento de formación de la grilla y el parque en Buenos Aires como voluntad pública, estatal, y no se me escapa que voluntad pública no equivale a espacio público. Como señalamos, aquí aparece uno de los desajustes con la teoría “clásica” del espacio público: si en la concepción iluminista, el espacio público se concibe como una arena dialógica construida por ciudadanos autónomos, es indudable que la centralidad del estado en los procesos de constitución política de la sociedad en el caso de Buenos Aires obliga a un atento exa-

³⁷ Uso la noción de “reformismo conservador” en el sentido que le da Natalio Botana en *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986 (Sudamericana, 1977); allí vincula el “reformismo conservador argentino” con el regeneracionismo español, “también de estirpe conservadora”, y lo caracteriza como una “ética conservadora –audaz en el proyecto político, estratégica en su concreta instrumentación, prudente en el programa social de apoyo que la acompaña–” que “procura reconciliar un hecho inevitable de democratización con un puñado de valores cuyo predominio es menester conservar y hasta acrecentar”, pp. 280 y 281. En el transcurso del libro se irá viendo porqué la caracterización “conservador” nos parece bastante más apropiada para este reformismo estatal que la de “liberal”, propuesta por Eduardo Zimmermann en un trabajo reciente: *Los reformistas liberales. La cuestión social en la Argentina, 1890-1916*, Buenos Aires, Sudamericana/Universidad de San Andrés, 1995.

men. En este sentido, creo que la grilla y el parque permiten una aproximación a esta cuestión clave. La grilla y el parque ofrecen al despliegue metropolitano, desde su mismo inicio, un tablero público, formal, institucional, que favorece, potencialmente, la aparición de impulsos ciudadanos y de incentivos estatales a la creación de diferentes instancias del espacio público; son el *sopORTE* más general, podría decirse, de la serie de operaciones específicas que irán definiendo la transformación cualitativa del espacio público de la ciudad tradicional en espacio público metropolitano, inclusivo de la nueva realidad suburbana: monumentos, instituciones públicas, asociaciones ciudadanas, modos de sociabilidad y de participación política, etc. Por ello, la grilla y el parque no pueden –como artefactos materiales– agotar nuestro análisis de la composición del espacio público; son, en realidad, el doble marco que nos permitirá, desde sus respectivas dimensiones simbólicas más abarcales, interpretar y darle sentido al conjunto de fenómenos culturales, sociales, políticos y materiales que lo forman. Y esas dimensiones simbólicas exceden el momento inicial de *voluntad pública*: la grilla y el parque portan en sí mismos efectos de largo plazo, que se irán desarrollando e irán *actuando* desde el momento en que aparecen como instrumentos de intervención pública hasta su consolidación material; en esa *actuación* buscaremos la emergencia de un espacio público metropolitano; ella señala el ciclo de expansión y apogeo que se consuma en las tres primeras décadas del siglo.

Se trata de una actuación poblada, como anticipamos, de impulsos encontrados. La grilla y el parque implican concepciones diferentes del espacio público y producen efectos contrastantes en su concreción. Tanto el parque como la grilla, al mismo tiempo que son proyectos públicos, muestran la impotencia del poder público para controlar las diferentes variables que producen la ciudad. El poder público interviene sobre una porción restringida –restringida ideológica, jurídica y políticamente– de esas variables (precisamente el ámbito de *lo público*), pero desde allí ambiciona controlarlas: de tal modo, las intervenciones públicas cargan con el propósito de servir de modelo global de una ciudad y, al mismo tiempo, contrarrestar los efectos contrarios a ese modelo que el desarrollo real de la ciudad produce. En esa dialéctica entre voluntad e impotencia, el poder público prueba por diferentes caminos y propone instrumentos muchas veces contradictorios entre sí; instrumentos que terminan cumpliendo roles completamente diferentes y muchas veces opuestos a los imaginados. La grilla, al poner en disponibilidad todas las tierras simultáneamente, no sólo produce un incentivo descomunal a la especulación, sino que conduce muy parcialmente a la consolidación equitativa y racional de un mercado, y produce esa forma de metropolización espasmódica, característica de Buenos Aires, por formación y agregación de fragmentos urbanos aislados y sin cualidad. A su vez, el parque no sólo no frena el crecimiento de la ciudad, sino que se convierte en el corazón orgánico de la consolidación suburbana, en el modelo de un nuevo tipo

de intervención puntual, irradiadora de cualidad en la cuadrícula en que el estado decide no intervenir una vez que ha sido librada al mercado.

Por eso, en el proceso de formación de estas figuras, y en el proceso por el cual ambas contribuyen a la emergencia de un espacio público metropolitano, es donde creo que pueden seguirse las peripecias y las aporías de un ciclo completo de reformismo en Buenos Aires: “el impulso y su freno”, de acuerdo con el sugerente título con que Real de Azúa analizó ese reformismo ejemplar en tantos sentidos que fue el batllismo en el Uruguay de las primeras décadas del siglo. *El impulso y su freno* sirve para caracterizar un ciclo completo de reformismo público porteño no sólo como los dos polos de un movimiento lineal que encontrará su fin hacia los años treinta, cuando el poder político redefine reactivamente el sentido de la modernización de Buenos Aires; también –como en el uso que le da Real de Azúa– busca identificar las tensiones internas actantes en los propios momentos reformistas –a su vez tan diferentes entre sí– y en el propio seno de la *modernización sin reforma* de los años treinta. Pero el protagonista del relato de Real de Azúa es un movimiento político, en cuyos impulsos encontrados se define un tipo de reformismo; en nuestro caso, en cambio, el protagonista principal será la propia ciudad, y es en ella donde aparecerán los impulsos y los frenos, las figuras públicas –la grilla y el parque– en las que es posible localizar la realización y la lucha por ciertos valores que los diferentes reformismos portaban y, a su vez, con una lógica análoga a la del movimiento político, notar cómo

[...] al mismo tiempo que esos valores se realizan en la vida social, su misma afirmación va revelando insuficiencias y vacíos. Y éstos son los que, sin alterarse la “tabla de valores”, desencadenan un nuevo proceso, otra secuencia que el realizador de la modalidad consolidada [...] ya no está en condiciones de capitanear.³⁸

La mayor diferencia con el análisis de Real sobre el batllismo, entonces, quizás sea que la grilla y el parque, portando y simbolizando cada uno impulsos y frenos, y siendo cada uno de algún modo un freno para el otro, definen, en tanto artefactos urbanos construidos y transformados a lo largo del tiempo con incidencia de múltiples actores sociales y políticos, una dinámica colectiva, más anónima, plural y por eso mismo políticamente menos aprehensible del reformismo; mejor, de los reformismos públicos de Buenos Aires.

Reformismos: porque si inicialmente enfocamos en el “reformismo conservador” producido desde el estado (y esto ya merece ponerlo en plural, porque observaremos diferencias enormes entre los sectores técnicos, los políticos y los culturales), a lo largo de los cincuenta años del ciclo veremos

³⁸ Carlos Real de Azúa, *El impulso y su freno*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1964, p. 102.

actuar en su marco una variedad de manifestaciones, comenzando por las de la sociedad, expresadas en una cantidad de instituciones que florecen en los nuevos suburbios; siguiendo por las de la política municipal, que se abre a la representación de los nuevos partidos populares en 1918; avanzando en las todavía más contradictorias de la cultura. De modo que se pueda ir componiendo un mapa que dé cuenta de la complejidad de las ideas y los espacios, de los objetos y los actores que forman y transitan esos diferentes reformismos, políticos, culturales, profesionales, artísticos y sociales. En realidad, este mapa de los reformismos debería asemejarse sobre todo a un mapa geológico, ya que en este ciclo veremos superponerse reformismos como capas, no siempre en contacto, no siempre de duraciones semejantes ni de densidades parejas, en las que muchas veces encontraremos actores idénticos, pero cuyos diferentes contextos institucionales o ideológicos resignifican sus ideas y sus acciones; en las que muchas veces localizaremos corrientes de ideas comunes, pero cuya diferente inserción y aplicación genera efectos completamente disímiles.